

# **TRADICIONES ETIOLOGICAS PALENTINAS**

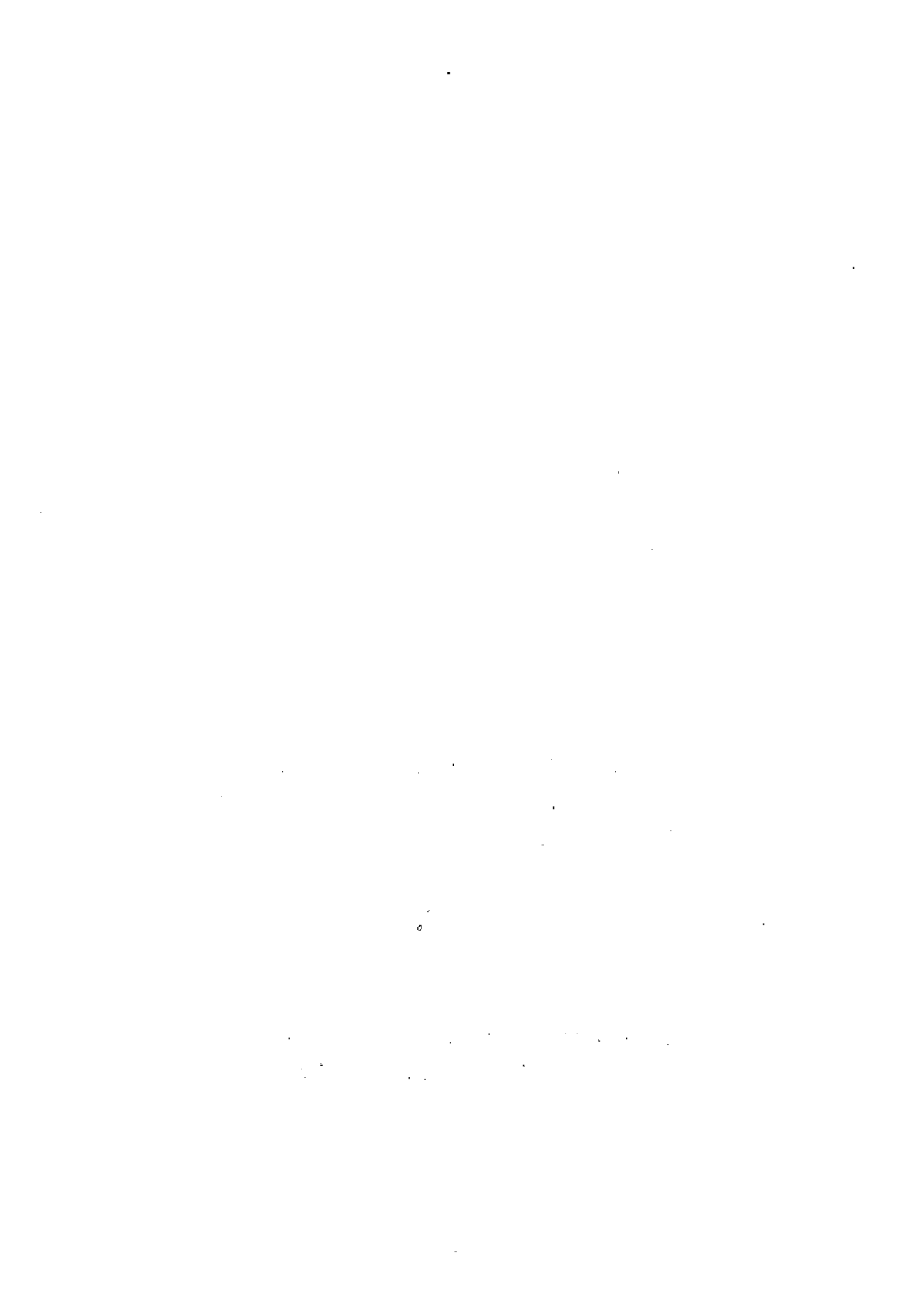
## **A LA LUZ DE LA BIBLIA**

---

Discurso de ingreso  
en la recepción del Académico Numerario  
M. I. Sr. D. ANTONIO GONZALEZ LAMADRID  
celebrada el día 3 de mayo de 1971

---

Contestación al mismo  
por el Académico y Secretario General  
DON PABLO CEPEDA CALZADA



## Tradiciones Etiológicas Palentinas a la Luz de la Biblia

### **I. La palabra divina encarnada en palabras humanas.**

Hasta hace unos 150 años la Biblia se presentaba como el único testimonio escrito llegado hasta nosotros del antiguo Medio Oriente. La Biblia era algo así como un oasis solitario en medio de un desierto. Fue a comienzos del s. XIX cuando, por obra de sucesivas expediciones arqueológicas, empezaron a surgir aquí y allá descubrimientos sensacionales.

Primero fueron los soldados de Napoleón los que encontraron en Roseta, ciudad del delta del Nilo, la famosa piedra trilingüe, que habría de servir de base a Jean Francois Champolion para descubrir la clave de los jeroglíficos. Era toda una cultura, la inmensa herencia del valle del Nilo, la que despertaba de nuevo de su sueño de siglos.

Años más tarde se recuperó asimismo la clave de la escritura cuneiforme de Mesopotamia. Aquí fue el inglés H. C. Rawlinson, quien trabajó sobre un texto trilingüe también, la célebre inscripción de Behistum, en la ruta caravanera entre Bagdad y Teherán, mandada grabar por Darío el Grande. El desciframiento de la escritura cu-

neiforme abría las puertas a una serie de lenguas y culturas, que iban a ir viendo aumentar sus respectivas literaturas a través de una serie de voluminosos descubrimientos. Baste recordar las casi 400 tabletas cuneiformes descubiertas, a partir de 1887, en Tell el-Amarna; los 20.000 textos descubiertos, a partir de 1906, en Bogaskoy, capital del antiguo imperio hitita; los varios miles de tabletas encontrados en Ugarit, sobre el Mediterráneo, a partir de 1929, y en Mari, sobre el Eufrates, a partir de 1933: en ambos casos se supera la cifra de 20.000 tabletas.

En el área más concreta de Palestina, y pertenecientes a un período más reciente, están los conocidos descubrimientos del mar Muerto, que han tenido lugar a partir de 1946, los cuales suman para estas fechas un total de casi un millar de documentos.

A pesar de estar simplificada y resumida al máximo, esta lista nos permite ya deducir una conclusión: la Biblia ha dejado de ser un documento solitario y ha quedado encuadrado en los marcos histórico, cultural, literario y religioso del antiguo Medio Oriente, según nos son conocidos por los descubrimientos realizados durante los últimos 150 años.

Al encuadrar la Biblia dentro de los marcos citados y compararla con el perimundo que la rodea, se han puesto de relieve dos extremos. Primero, una diferencia abismal en el orden religioso; frente al craso politeísmo que envuelve como común denominador al mundo contemporáneo, la Biblia se destaca de manera humanamente inexplicable con su doctrina monoteísta y su fe en un Dios personal, justo y salvador, que exige del hombre el correspondiente comportamiento moral y ético. Segundo, una gran afinidad en las formas de expresión y en los géneros literarios: los nuevos descubrimientos han demostrado que el lenguaje de la Biblia no es un lenguaje atemporal y abstracto, dictado directamente por Dios desde el cielo, sino que la palabra divina ha llegado a los hombres envuelta en ropaje profundamente humano. Los escritores sagrados comunican un mensaje divino, pero lo hacen a través de las formas literarias en uso en sus respectivos tiempos. Y así tenía que ser. De otra manera, ¿cómo habrían podido hacerse entender de sus contemporáneos?

## 2. Mentalidad y lenguaje etiológicos.

Las formas de expresión y los géneros literarios no son siempre ni en todas partes los mismos. Existen, desde luego, los tres grandes géneros, que son comunes a toda las literaturas: el didáctico, el paréntico y el poético. Se corresponden con las tres categorías transcendentales del ser (el verum, el bonum y el pulchrum) y, por lo tanto, van anejos a la esencia misma de las cosas. En efecto, cualquiera que escriba o hable, lo hace por uno de estos tres fines, por dos de ellos o por los tres a la vez: enseñar una verdad, inculcar un bien o expresar algo bello. Pero, dejando aparte esta clasificación suprema, cada cultura, cada pueblo, emplea sus géneros literarios específicos. Más aún, un mismo pueblo no piensa ni se expresa de la misma manera en las distintas etapas o períodos de su historia. De los pueblos podríamos repetir lo que San Pablo dice de sí mismo: "Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; más cuando ya fui hombre hecho dejé lo que era de niño" (1Cor 13, 11).

Los pueblos también pasan su edad y mentalidad infantil, que se refleja en sus respectivas literaturas en un género literario muy específico, que recibe el nombre técnico de "género etiológico". Como lo indica la misma etimología de la palabra, compuesta de "aitía" (= causa) y "logos" (= explicación), la etiología es la explicación o el estudio de las causas. Si se trata de la medicina, por ejemplo, la etiología será la parte de dicha ciencia que tiene por objeto el estudio de las causas de las enfermedades. Si consultamos el diccionario de la Real Academia, podremos comprobar que en castellano los términos "etiología" y "etiológico", están reservados casi exclusivamente para la medicina. Sin embargo, yo creo, y ésta va a ser una de las tesis de esta disertación, que esta terminología es aplicable también al campo de la literatura, donde puede encabezar o intitular un tipo de narraciones bien determinadas y definidas. Digamos por adelantado que dentro de la preceptiva literaria el término "etiológico" serviría para designar aquellos relatos o narraciones que tratan de explicar el origen o el por qué de ciertas cosas.

Como decía antes, el género etiológico refleja la edad y mentalidad infantil por que pasan todos los pueblos. Hay un momento de su historia en que los pueblos, lo mismo que los individuos, van adquiriendo conciencia refleja de las cosas y sienten la curiosidad y la necesidad de saber el origen y el por qué de los fenómenos que

los rodean. Todos los padres conocen por experiencia el período de los "por qué" de sus hijos.

### **3. El género etiológico en la Biblia.**

Posiblemente, ninguna literatura sea tan rica en relatos y narraciones etiológicas como los libros del Antiguo Testamento, especialmente, el Génesis, el Exodo y Josué. El primero que descubrió narraciones etiológicas en la Biblia y las clasificó dentro de un género literario concreto y determinado, fue Hermann Gunkel, en su comentario al Génesis, publicado en 1901. La clasificación de Gunkel encontró acogida favorable y ha sido desarrollada y perfeccionada por autores posteriores (1). Contra lo que suele ocurrir de ordinario, esta vez ha sido un autor español, Andrés Ibáñez Arana, profesor de la Universidad de Vitoria, quien ha dedicado a este tema mayor atención y quien ha profundizado más en él (2).

#### **a) Etiologías etimológicas**

Un terreno fecundo para narraciones etiológicas lo ofrece el tema de las etimologías. El pueblo no se resigna a recibir los nombres de las personas, de las cosas o de los lugares, con una actitud puramente pasiva, sino que, empujado por su instinto filosófico, trata de dar una explicación. El resultado son las llamadas etimologías populares. ¿Por qué el ascendiente del pueblo de Israel se llamaba Abraham? (Gen. 17, 5) ¿Por qué el caudillo del Exodo llevaba el nombre de Moisés? (Ex. 2, 10) ¿Por qué Babel, Berseba, Guilgal, y tantas otras ciudades y lugares, llevaban sus respectivos nombres? (Gen. 11, 1-9; 21, 31; Jos. 5, 9; etc., etc.). Todos conocemos las

bellas historias bíblicas, equivalentes a otras tantas etimologías populares, nacidas para dar respuesta a esa serie de interrogantes.

El tiempo no nos permite descender a cada una de ellas en particular. Lo que sí quiero subrayar es que todas estas etimologías populares se ajustan generalmente a un formulario o esquema literario bastante uniforme. Lo encontramos completo en Jos. 7, a propósito de la etimología del llamado "Valle de Desgracia" en las inmediaciones de Jericó. Según la tradición popular, este valle se llamaría así porque allí tuvo lugar el incidente de Acán, que escondió furtivamente parte del botín y atrajo sobre sí y sobre el pueblo desgracia. He aquí la parte esencial del texto:

“¿Por qué has atraído sobre nosotros *desgracia*? Que Yavé haga recaer sobre tí *desgracia*... Por eso se llamó aquel lugar "Valle de Desgracia", hasta el día de hoy". (Jos. 7, 25-26).

Conviene retener bien en la memoria los distintos elementos que integran este formulario para poder apreciar luego el paralelismo, incluso literario, entre los relatos bíblicos y las tradiciones etiológicas palentinas. Estos elementos son:

1.º Una palabra - motivo, que sirve de base a la etimología. Aquí en el caso del valle de Jericó es la palabra "desgracia", que se repite hasta tres veces.

2.º Conexión causal, establecida por medio de la expresión adverbial "al-ken" (= por eso), entre el nombre y la explicación.

3.º Verbo en forma impersonal ("se llamó") y en perfecto, pero con sentido frecuentativo: "Se llamó", equivale a "se llama", "se viene llamando" desde entonces.

4.º La cláusula "hasta el día de hoy", que afecta y determina al verbo: "Se llama hasta el día de hoy".

En una u otra forma estos cuatro elementos los encontramos generalmente en todas las etiologías etimológicas. Algunos de ellos, por ejemplo, la conexión causal por medio de "al-ken", y la cláusula "hasta el día de hoy", están también presentes con mucha frecuencia en las demás etiologías que veremos a continuación.

### b) Etiologías político-geográficas.

¿Por qué pertenecía a Israel la región de Siceleg, que era una especie de enclave dentro del territorio filisteo? (1Sam. 27, 1-6) ¿Por qué Hebrón, ciudad enclavada dentro del territorio israelita, pertenecía a los Calebitas y no a la tribu de Judá? (Jos. 14, 6-14) ¿Por qué las llamadas Fuentes de arriba y las de abajo pertenecían a Otoniel y no a Caleb? (Jos. 15, 15-19), ¿Por qué se separaron las tribus del Norte de las del Sur? (1Re. 12).

He ahí unos pocos ejemplos de las muchas cuestiones de carácter político-geográfico que se les planteaban a los israelitas, las cuales provocaron el nacimiento de otros tantos relatos del género etiológico.

### c) Etiologías referentes a fenómenos naturales.

¿Cuál era el origen y el sentido de las doce grandes piedras que podían verse en uno de los vados del Jordán, y también junto al santuario de Guilgal? (Jos. 3-4) ¿A qué se debía el voluminoso montón de ruinas que podía verse en Ai? Y dentro de Ai, ¿qué significaba el extraño montón de piedras que se alzaba en uno de sus extremos? Todos conocemos la narración etiológica de la toma y la destrucción de Ai por los israelitas, según está recogida en el libro de Josué (c. 8, véanse espec. los vv. 28-29). ¿Qué significaban las grandes piedras que cerraban la puerta de la cueva de Maqueda? (Jos. 10, 27) ¿Qué significado tenía aquella roca de sal de formas caprichosas, que podía verse en las inmediaciones de Sodoma y que parecía reproducir la silueta de una mujer? (Gen. 19).

He ahí también algunos ejemplos de los muchos fenómenos curiosos que ofrecía a los israelitas una tierra rica en ruinas y restos arqueológicos del pasado, los cuales dieron origen asimismo a bellos relatos etiológicos.

### d) Etiologías culturales.

La tendencia innata del pueblo a explicar el origen de sus santuarios, de sus fiestas y de sus ritos, está en el origen de una abundante literatura etiológica. Aquí los ejemplos son numerosísimos.



**e) Etiologías legales.**

Otro de los campos propicios para la literatura etiológica lo constituye el mundo de las leyes, usos y costumbres. Por ejemplo, para explicar el origen de la costumbre que tenían las jóvenes israelitas de organizar anualmente una lamentación por los montes de Israel, el autor del libro de los Jueces recurre a la historia de Jefé y su hija (Jue. 11, 37-40) (3).

**f) Etiologías étnico-sociológicas.**

Los Rajabitas habitaban en medio de Israel ¿Por qué? Según la narración etiológica de Jos 2 y 6 ello se debería a que la meretriz Rajab actuó de cómplice en favor de los israelitas cuando éstos cruzaron el Jordán y en agradecimiento le perdonaron la vida a ella y a toda su familia. Los gabaonitas desempeñaban el oficio de leñadores y aguadores. ¿Cuál era el origen de esta condición social? Según la versión etiológica de Jos 9 cuando los israelitas entraron en Palestina perdonaron la vida a los gabaonitas, pero a condición de que desempeñasen esos oficios en favor del pueblo y del templo (véanse espec. los vv. 26-27).

**g) Etiologías filosófico-teológicas.**

El hombre y su existencia sobre la tierra planteaba al pueblo israelita, lo mismo que a los demás, una serie de interrogantes, que dieron lugar a bellísimas narraciones etiológicas. Piénsese, por ejemplo, en los primeros capítulos del Génesis cuando explican los orígenes del hombre, del amor, del bien, del mal, del trabajo, del dolor, de la muerte, etc.

**Un mismo clisé o esquema literario.**

Como acabamos de ver, son muchas y variadas las clases de narraciones etiológicas por razón del tema. Sin embargo, el esquema es

siempre fundamentalmente el mismo. Siempre tenemos el mismo punto de partida, a saber, una realidad actual, que, dado su carácter raro y chocante, intriga y provoca la curiosidad del pueblo. Según hemos visto, esa realidad actual puede ser un nombre, una situación político - geográfica, un fenómeno natural, un santuario, una fiesta, un rito, una ley, una costumbre, la presencia en medio de Israel de grupos étnicos extraños, problemas de orden antropológico, filosófico o teológico. El pueblo no se resigna a adoptar una actitud meramente pasiva y busca el origen o la causa de la realidad actual en un hecho del pasado.

En pocas palabras, en toda narración etiológica encontramos siempre una realidad actual; un hecho que tuvo lugar en el pasado; y una relación causal de éste respecto de aquélla. Si a este esquema constante en todas las etiologías arriba enumeradas, añadimos una formulación literaria bastante constante, homogénea y uniforme, tendremos todos los elementos necesarios para poder hablar de un género literario con entidad y personalidad propia, máxime si tenemos en cuenta que refleja una edad y mentalidad concreta de la historia de los pueblos. Estos tres factores: contenido, forma y marco histórico, son precisamente los constitutivos esenciales de un género literario determinado.

#### **4. Tradiciones etiológicas palentinas.**

A medida que yo iba enumerando las distintas clases de etiologías bíblicas, han ido surgiendo, sin duda, en el recuerdo del lector narraciones, romances y tradiciones de nuestra literatura muy similares, desde el punto de vista formal, a las narraciones de la Biblia. Esta es también mi convicción, que voy a tratar de demostrar con algunos ejemplos, tomados de nuestra literatura popular palentina. Si el resultado final fuere positivo, estaríamos autorizados para poder hablar de género etiológico dentro de nuestra literatura castella-

na; un género muy entremezclado y emparentado con los cantares de gesta y la epopeya, pero con entidad y personalidad propias.

### a) Etiologías etimológicas.

En nuestro romancero palentino tenemos algunos ejemplos bien definidos de etiologías etimológicas.

#### *San Salvador de Cantamuda.*

¿Por qué San Salvador lleva el apellido de "Cantamuda"? Muchos de ustedes conocen, probablemente, el romance de origen perniano, titulado "La Venganza del Conde". El protagonista es Don Munio, conde de Pernía, hijo de Gómez Díaz, conde de Saldaña, y de Dña. Mumadona, hija de Fernán González. Se casó ya muy mayor con Dña. Elvira, mucho más joven que él. Vivieron felices durante algún tiempo, pero quizá la diferencia de edad y las intrigas de gente villana, hicieron nacer los celos en el corazón de Don Munio, que trocó su amor primero hacia doña Elvira en odio y sed de venganza. La venganza consistió en expulsar a su esposa del castillo montada en una mula ciega, vieja, coja y falsa, guiada por una criada sorda y muda, en una noche de invierno en medio de una fuerte tormenta de nieve y cellisca, con intención de que se despeñara por la Peña de Tremaya abajo. Pero la Providencia velaba por la inocencia de Dña. Elvira, que logró sortear, en compañía de su criada, los precipicios y llegar incólume hasta el valle. Una vez aquí, se dirigieron río abajo y al llegar a la altura del puente de San Salvador de Tremaya, la criada empezó a dar grandes gritos, alabando a Dios, proclamando la inocencia de su ama y condenando la injusticia de Don Munio. Oigamos cómo lo cuenta el romance:

Al atravesar un puente,  
que al pueblecito guiaba,  
empieza a dar grandes voces  
la sorda y muda criada;

Alabando a Dios eterno  
y proclamando muy alta  
la injusticia de su amo,  
la inocencia de su ama.

Esto ocurrió ante las gentes,  
que a su paso se agolpaban,  
al tiempo que el sol radiante  
por los cerros asomaba.

Y por esta causa, el pueblo  
donde la muda cantara,  
y que hasta allí se decía  
San Salvador de Tremaya,

En Cantamuda trocó  
el nombre que antes llevaba;  
y así sigue, aunque en el día  
lo adultere la ignorancia.

Si se fijan, en las dos últimas estrofas tenemos presentes los cuatro elementos literarios que señalábamos en las etimologías bíblicas:

1.º Una palabra-motivo, que sirve de base a la etimología. Allí era “desgracia”; aquí es “cantamuda”.

2.º Conexión causal entre el nombre y la explicación. Allí era “Por eso”; aquí es “por esta causa”.

3.º Verbo en perfecto, pero con sentido frecuentativo. Allí era “se llamó”; aquí “trocó el nombre”.

4.º Allí teníamos la cláusula “hasta el día de hoy”; aquí tenemos una expresión equivalente: “Y así sigue, aunque en el día lo adultere la ignorancia”.

*En resumen*, nos hallamos ante un paralelismo perfecto de fondo y forma. En ambos casos se trata de explicar el origen de un nombre, que provoca la curiosidad del pueblo: allí era “Valle de Desgracia” y se recurre a la historia de Acán; aquí es “San Salvador de Cantamuda”, y se recurre a la historia de Don Munio. En su parte esencial el esquema literario es el mismo. Allí se decía: Acán atrajo sobre sí y sobre el pueblo la desgracia, por eso se llamó aquel lugar “Valle de Desgracia”, hasta el día de hoy. Aquí tenemos: en el puente de

San Salvador de Tremaya cantó la muda; por eso el pueblo trocó su nombre en San Salvador de Cantamuda y así se sigue llamando hasta el día de hoy, aunque algunos lo adulteren en San Salvador de Cantamuga (4).

### *Virgen de la Calle.*

La tradición palentina sobre el panadero descreído y blasfemo, que ve convertida en imagen de la Virgen uno de los troncos con que pretendía enrojar el horno, es una típica narración etiológica. El elemento que resalta aquí con más relieve es la palabra-motivo "calle". La tradición lo ha expresado en frase concentrada y lapidaria: "A la calle me echas, de la Calle me llamaré".

En esencia el esquema es el mismo de siempre: El panadero arrojó el tronco a la calle; por eso la Virgen se llamó de la Calle y así se sigue llamando hasta el día de hoy (5).

### *Alar del Rey.*

Cuenta el poema de Fernán González que el Conde castellano fue convocado a Cortes por Don Sancho el Craso de León. Acudió a la convocatoria Fernán González y se llevó consigo un azor de caza y un caballo, que había ganado al moro Almanzor. El Rey de León se prendó de ellos y el Conde de Castilla se los cedió por una suma de dinero que el de León debía pagar dentro de un plazo determinado. De lo contrario, el importe se vería duplicado en progresión geométrica cada día que pasase sin pagar. El rey de León dejó pasar mucho tiempo y cuando llegó la hora de la verdad el precio había alcanzado cifras tan subidas que no hubo dinero suficiente en el reino para cancelar la cuenta y se vio obligado a conceder en compensación a Fernán González la independencia y autonomía de Castilla. De esta manera, Castilla consiguió la libertad a cambio del precio de un azor y de un caballo (6).

La tradición popular ha asociado la villa de "Alar del Rey" con la leyenda del azor y del caballo, buscando en ella la etimología de este nombre. Esta asociación establecida por el pueblo, radica, sin duda, en el hecho de que "Alar" es un típico término de cetrería; es la alcándara común de los azores, el sitio donde esperan las alas. Es

un vivac de alas. Es decir, ningún marco más apto para encuadrar el episodio referido por el poema de Fernán González, donde se habla de animales de cetrería, el azor y el caballo, y además uno de los protagonistas es rey.

En resumen, el relato del azor y del caballo, que de suyo es ya una leyenda etiológica, pues trata de explicar el hecho de la independencia de Castilla por un acontecimiento ocurrido en el pasado, adquiere una nueva motivación etiológica al ser referido por la tradición palentina como causa o motivo del nombre de "Alar del Rey".

## b) Etiologías político-geográficas.

### *La despoblación de Carracedo.*

En la geografía política del partido judicial de Cervera de Pisuerga, se produce un fenómeno extraño, a saber, que el monte de Carracedo, que está enclavado entre San Salvador por el norte; Bañes por el sureste, y Estaya y Verdeña por el este, no pertenece, sin embargo, a ninguno de estos pueblos, sino a Cervera, del que le separan Bañes y Arbejal. El pueblo no se resigna a recibir de manera puramente pasiva el hecho y le ha buscado una explicación, que ha cristalizado en el romance titulado "La Despoblación de Carracedo".

Según este romance, en el referido monte existió antiguamente un pueblo que se llamaba Carracedo, el cual se despobló hacia el 1.400. Unos se marcharon, otros se murieron, hasta que llegó el momento en que sólo quedaba en el pueblo una vieja. Esta vivió sola por algún tiempo en Carracedo, pero al fin decidió abandonarlo y se refugió en Verdeña. Los vecinos de Verdeña la recibieron muy bien y entre ellos vivió, disfrutando de su hospitalidad, durante varios años. Pero una mañana, sin que nadie la viera, abandonó Verdeña y se dirigió valle abajo en busca de nueva posada. Los de Estalaya no la quisieron dar hospedaje y después de otras incidencias llegó por fin a Cervera. Los de Cervera la dieron posada y, una vez que se enteraron de su situación como titular de toda la propiedad de Carracedo, la impusieron ciertas condiciones en orden a asegurarse la herencia. Al cabo de algún tiempo murió la vieja, posiblemente envenenada, y la propiedad de Carracedo recayó sobre Cervera. He aquí

las últimas estrofas del romance, que reproducen el esquema etiológico tantas veces citado:

Así la vieja dispuso  
de todo lo que tuviera,  
y hasta en nuestros propios días  
su voluntad se respeta.

Desde entonces Carracedo  
solo por siempre se queda  
y no han vuelto a visitarle  
ni siquiera las cigüeñas.

Y aunque vida momentánea  
sus minas le concedieran,  
ya únicamente allí va  
la cabaña de Cervera.

#### *Límites entre los Municipios.*

Uno de los fenómenos geográfico - políticos que han suscitado poderosamente la atención de los pueblos, ha sido la cuestión de los límites municipales: ¿Cómo se establecieron? Y sobre todo, ¿por qué los términos comunales de un pueblo son más extensos que los del vecino? La curiosidad popular es aún mayor cuando dichos términos traspasan los límites naturales y se adentran, por ejemplo, aguas vertientes del pueblo inmediato.

Tampoco aquí la imaginación popular ha permanecido inactiva, sino que ha buscado sus explicaciones. Una de las más frecuentes suele ser ésta: Para señalar los límites municipales, los antiguos se valieron del procedimiento siguiente: salían un vecino de cada pueblo a la misma hora y en el punto donde se encontrasen allí se establecía la línea divisoria. Pero, como no había relojes, para coincidir en la hora de salida, se guiaban por el canto del gallo. Y aquí aluden los distintos romances a toda una serie de trucos y artimañas de que se solían valer los pueblos más astutos y menos escrupulosos, para adelantar la hora del canto del gallo, salir antes y de esta manera llegar más lejos.

Sobre este tema no conozco ningún romance palentino. Tengo en mi poder uno de la provincia de Burgos, titulado "Las dos Viejas", que explica por qué los términos de Riocavado son más extensos que

los de su vecino Pineda. Cuenta el romance que Riocavado y Pineda tuvieron su origen allá por los años mil, cuando empezó la repoblación, una vez reconquistadas aquellas tierras. En un principio no estaban señalados los límites entre ambos, lo cual daba ocasión a tensiones y disputas. Finalmente, decidieron en solemne asamblea delimitar los terrenos. Para ello al primer canto del gallo saldrían dos viejas, una de cada pueblo y allí donde se juntasen se pondrían los mojones. Las dos viejas buscaron la manera de adelantar el canto del gallo. La de Riocavado le dió de cenar mezcladas con el pienso guindillas muy fuertes, mientras que la de Pineda le emborrachó, esperando que una vez que hubiese perdido el control, cantaría antes. Tuvo resultados positivos la astucia de la vieja de Riocavado y resultó contraproducente la artimaña de la vieja de Pineda. Es decir, el gallo de Riocavado cantó antes y antes salió la vieja; en cambio, el gallo de Pineda cantó más tarde de lo acostumbrado y, por tanto, la vieja salió con retraso. Así se explica que los términos municipales de Riocavado sean más extensos que los de Pineda.

Una tradición similar, incluida la borrachera del gallo, existe en Liébana (Santander), para explicar por qué los términos de Espinama se internan en aguas vertientes a Sotres.

El hecho de encontrar la misma leyenda, con los mismos motivos, en lugares tan dispares, demuestra la existencia de una tradición etiológica antigua muy extendida.

### **c) Etiologías referentes a fenómenos naturales.**

La naturaleza, son sus variadísimos y misteriosos fenómenos, es uno de los campos más fecundos para la etimología popular. Pien- sen, por ejemplo, en las leyendas tan bellas nacidas al lado de las cuevas, las fuentes, los lagos, los volcanes, las montañas, sobre todo, cuando terminan en formas llamativas y caprichosas. ¿Quién no conoce la leyenda de la montaña de la mujer muerta entre Segovia y Madrid, tan similar a la mujer de Lot de Sodoma?

Dentro de nuestra provincia tenemos el pozo de Curavacas, que ha inspirado multitud de leyendas. Voy a reproducir una de ellas, recogida por D. Juan Díaz Caneja de labios de un vecino de Cardaño. Cuenta el vecino de Cardaño que:



“Hacía muchos años, muchos años, cien, quinientos, mil, quizá más, muchos más, un carretero de Llanaves, sorprendido en el camino por una nevada, abandonó la yunta y dejó sobre el carro, al amor de los bueyes, al único hijo que tenía. Y comenzó a andar para pedir auxilio... Y subió por las peñas y pasó la noche andando, cayendo entre la nieve, levantándose y volviendo a caer. Le envolvía la cellisca, y perdió el rumbo, y atravesó los puertos del señorío de Alba, y pasó los del señorío de Frías, y dominó el alto y se perdió nuevamente. Y estuvo anda que te anda, y dió sin saber cómo con el pozo de Curavacas. Al ver el agua serena descansó a la orilla. Pero se levantó una nube que subió alta, muy alta, hasta llegar al cielo, y el pozo comenzó a bramar, dando rugidos que se oían en toda Pineda, hasta Vidrieros, Triollo, La Lastra y los Cardaños. El caminante quiso escapar, pero no pudo porque las aguas comenzaron a revolverse furiosas y en el centro del lago se abrió un abismo y por allí salían las entrañas de alguien que se había desgraciado en pecado mortal. De repente apareció la cabeza de una serpiente que, silbando y dando coletazos, se hundió cuando el de Llanaves ya medio muerto, ofreció a San Lorenzo diez libras de cera si le libraba de aquel mal.

Cuando llegó a Cardaño se encontró con su hijo sano y salvo. Y el de Lanaves le preguntó: ¿Quién te ha traído aquí, amor mío? Un santo del cielo, que se llama Lorenzo. Pero ¿un santo o un ensueño?... preguntó nuevamente el padre. Un santo resplandeciente que me dijo: Di a los de Llanaves que, de ahora para siempre, han de dar a los de Cardaño diez libras de cera para que se libren de todos los males que pueda causarles el alma en pena del pozo de Curavacas” (7).

La leyenda ha perdurado a través de los siglos y los viejos afirman que el pozo brama y que cuando cae en él alguna res, el pozo devuelve las entrañas. Lo cierto es que el Ayuntamiento de Llanaves cumple su voto de villa, de pagar a los de Cardaño diez libras de cera para San Lorenzo.

#### d) Etiologías culturales.

##### *Fundación de la catedral de Palencia*

Dentro de esta clase de etiologías es obligado referirnos a la leyenda sobre la fundación de nuestra iglesia catedral. Según tradición, recogida ya por Don Rodrigo, Arzobispo de Toledo, la restauración de la sede palentina y la fundación de la catedral, se habrían debido a un accidente fortuito. Estando de caza por estas tierras Sancho el Mayor de Navarra, se internó sin saberlo por entre las ruinas de la antigua ciudad de Palencia, convertida ahora en selva y espesura, y fue a dar, persiguiendo un jabalí, con una cueva en forma de iglesia. Al intentar herir con su lanza la fiera que se había refugiado aquí, el brazo se le quedó paralizado. Conoció Sancho que algún misterio se escondía detrás de todo aquello y, puesto en oración, suplicó al Señor que le devolviese la salud y le declarase cuál era su divina voluntad. Continúa diciendo la tradición que se le apareció San Antolín, el cual le hizo saber que aquel lugar era sagrado y el rey, arrepentido, recobró el movimiento. En agradecimiento, Sancho prometió edificar sobre aquella cueva la catedral de Palencia, que estaría dedicada a San Antolín. (8).

##### *Santa María la Real de Aguilar de Campoo*

Muy similar a la leyenda de la cripta de San Antolín, pero menos conocida que ella, tenemos dentro de la provincia de Palencia, la que se refiere a la fundación de Santa María la Real de Aguilar de Campoo,

Se cuenta que el caballero Elpidio, o Alpidio, de Tablada, persiguiendo un jabalí, se internó en las ruinas de la villa, cubiertas de vegetación selvática, y allí tropezó con dos ermitas, en las que descubrió en una, la imagen de la Virgen, y en la otra, las imágenes de S. Pedro, S. Pablo, la Magdalena, S. Juan Bautista y el Cristo de Aguilar. Elpidio prometió levantar sobre el lugar un monasterio dedicado a Santa María. Esto ocurría por el año 820, reinando Alfonso II el Casto (9).

Con ligeras variantes, encontramos esta misma leyenda a propósito de la fundación de S. Pedro de Arlanza por el conde Fernán González, y del monasterio de Santa María la Real de Nájera (Logroño) por García VI de Navarra (10).

Aun admitiendo el carácter legendario de muchos de sus elementos, todos estos relatos encuadran perfectamente en la realidad del momento. Que los reyes, los Condes o quién fuese, se encontrasen en sus cacerías con restos de poblaciones y de templos antiguos perdidos entre la vegetación y la espesura, debía ser un hecho que se repetía con mucha frecuencia en los días de la Reconquista.

*San Salvador de Cantamuda y Santa María de Lebanza*

En el romance arriba citado de "La Venganza del Conde", el desenlace final, después del canto de la muda, consiste en que se reconciliaron Don Munio y Dña. Elvira y en agradecimiento fundaron dos santuarios, uno dedicado al Salvador en San Salvador, y otro dedicado a Santa María en Lebanza.

El romance de "La Venganza del Conde", es, pues, tres veces etiológico: explica el origen del apellido "de Cantamuda", que lleva San Salvador; y además, el origen de los dos santuarios citados. He aquí el texto:

Entonces arrepentido  
una iglesia el Conde labra,  
para que reciba culto  
la Virgen Inmaculada.

.....

Otra iglesia la condesa  
en Cantamuda fundara,  
dedicada al Salvador,  
que en sus penas la amparara.

*Nuestra Señora del Viarce*

Aunque ya son muchos los ejemplos aducidos en este capítulo de etiologías culturales, no quiero silenciar el romance de "Nuestra

Señora de Viarce". Este romance popular, juntamente con "La Venganza del Conde" y la "Despoblación de Carracedo", fueron publicados por D. Matías Barrio y Mier en un pequeño folleto en 1908.

La historia de este romance tiene como escenario el pueblo de Redondo en Pernía y en resumen viene a decir lo siguiente:

Uno de los nobles de Pernía había hecho cautivo a un moro, que fue traído a Redondo, donde se dedicaba a pastorear la cabaña de las vacas. Un día se dirigía hacia la fuente del valle de Viarce y al llegar a ella se le apareció la Virgen, la cual le mostró las dos peñas que tenía en frente. En la falda de la más pequeña encontraría una cueva, con una fuente dentro de ella. Junto a esa cueva debía levantar un santuario dedicado a la Virgen, pero antes habría de encaminarse a Roma para recibir el bautismo. El moro cumplió fielmente lo que se le pedía y cuando regresó encontró en la cueva una imagen de María, escondida allí 600 años antes, cuando estuvieron por aquí los moros. Levantó el santuario y allí recibió culto durante cinco siglos la Virgen de Viarce. Llegó un día en que desapareció el santuario y la imagen de la Virgen fue trasladada a la iglesia de Redondo, donde recibe culto de los fieles de Pernía, hasta el día de hoy.

En este romance se hallan entremezcladas dos etiologías distintas: la primera se refiere a la Virgen de Viarce, y trata de explicar el origen de la imagen que se venera actualmente en la iglesia de Santa María de Redondo, y el origen del santuario del valle de Viarce, donde se veneró anteriormente; la segunda, se refiere a las dos peñas, que se alzan cual dos castillos naturales enfrente de Redondo, y que reciben el nombre de "Peñas del Moro".

Desde el punto de vista etiológico, el romance de "Nuestra Señora de Viarce" es rico e interesante. No es sólo su contenido, sino también la forma literaria la que presenta características típicamente etiológicas. He aquí algunas estrofas:

Esto dijo y disipose  
aquella visión divina,  
dejando aturdido al moro,  
que allí se está de rodillas;

Sin acertar a alejarse  
de la humilde fuentecilla  
*que de entonces hasta hoy*  
*de la Virgen se apellida;*

Así como al propio tiempo  
del Moro se denominan  
aquellas peñas famosas  
que le señaló María.

.....

Cuya imagen venerada,  
de la antigüedad reliquia,  
es la misma que nosotros  
contemplamos *hoy en día.*

.....

*Y por eso* allí van muchos  
*hasta en nuestros propios días*  
a buscar agua, que llevan  
cual remedio a sus familias.

No son solamente las expresiones subrayadas, sino el tono general de las estrofas las que presentan una formulación etiológica bien caracterizada.

### *El Cristo de las Claras de Palencia*

Dadas sus características especiales, el Cristo de las Claras tiene también una abundante literatura etiológica, que intentaré recoger en la sección de textos, que va al final.

### **e) Etiologías legales.**

En este capítulo de etiologías legales tienen cabida toda esa variedad de tradiciones populares nacidas para explicar el origen de los distintos usos y costumbres, especialmente, los llamados votos de villa.

### *Las diez libras de cera de Cardaño*

En la leyenda del pozo de Curavacas, arriba referida, se mezclaban dos leyendas: una propiamente naturista, referente al pozo y a toda su extraña fenomenología; y otra, de carácter legal, relativa a las diez libras de cera que los de Cardaño entregan en calidad de voto de villa a los de Llanaves para San Lorenzo. Seguramente, las dos tradiciones existieron en algún tiempo en forma autónoma e independiente, pero luego la imaginación popular las fundió en una. La tradición sobre las diez libras de cera es una típica leyenda etiológica de carácter legal.

### *La leyenda de Santo Toribio*

Dentro de las etiologías legales se alinea plenamente la tradición que protagoniza Santo Toribio sobre la supuesta inundación de Palencia como castigo de Dios, y el consiguiente voto de guardar su fiesta y visitarlo procesionalmente en su ermita del Otero, como se viene cumpliendo por el Cabildo y Ayuntamiento.

La leyenda de Santo Toribio responde exactamente el esquema etiológico. En el punto de arranque tenemos la actual fiesta de Santo Toribio, la procesión anual a las ermitas del Otero presidida por Cabildo y Ayuntamiento, la "pedrea" del pan y el quesillo, junto con otros ritos y costumbres. Ante todos estos hechos que forman todo ese conjunto folklórico-religioso de la fiesta anual, la fuerza creadora del pueblo ha buscado su origen y lo ha encontrado en un episodio del pasado, la supuesta inundación de la ciudad (11).

## **f) Etiologías étnico-sociológicas.**

A nivel nacional tenemos entre nosotros algunos fenómenos étnico-sociológicos significativos, por ejemplo, la presencia de los gitanos, que han herido la curiosidad del pueblo y han dado origen a bellas leyendas etiológicas. A nivel provincial yo no conozco ningún fenómeno especial de esta índole, ni en el pasado ni en el presente, y desconozco, por tanto, leyendas palentinas étnico-sociológicas.

En la épica castellana, sin embargo, he encontrado una bellísima leyenda etiológica de carácter sociológico, referente a los Monte-

ros de Espinosa. Los "Monteros", eran la guardia más íntima de los reyes de Castilla; eran los que velaban la cámara del rey mientras éste dormía.

En busca de una explicación para la institución de los Monteros, la voz popular los asoció con el poema de "La Condesa Traidora", y buscó aquí su punto de arranque. He aquí el argumento de dicho poema, según lo recoge la Primera Crónica General de España, escrita hacia 1289:

Garcí Fernández era gran caballero, muy apuesto y entre sus mayores aposturas, tenía las más hermosas manos que sepamos que otro hombre jamás tuviese; tales que muchas veces sentía embargo por ellas y cuidaba de enguantarlas cada vez que iba a lugar donde estuviese mujer de su vasallo o de su amigo.

Y pasó por Castilla, en romería a Santiago, cierto conde francés, con su hija Argentina, hermosísima muchacha que enamoró al conde Garcí Fernández, y fue por éste pedida en matrimonio a sus padres. Pero, después de vivir casados seis años sin tener hijos, yaciendo enfermo Garcí Fernández, visitó a Dña. Argentina otro conde francés, viudo, que la sedujo y se la llevó a su tierra. Cuando el pobre enfermo pudo enterarse de lo ocurrido, ya los adúlteros estaban fuera de Castilla, camino de Francia.

Garcí Fernández, en cuanto se vió sano, dispuso ir en romería al famoso santuario francés de Santa María de Rocamador, para lo cual dejó encargados de Castilla a dos caballeros, sus parientes, que juzgasen los pleitos y guardasen la tierra. El, sólo con su escudero, emprendió el santo camino a pie como si fuesen dos pobres desconocidos; y andando, andando, llegó al condado del adúltero, donde se informó que éste tenía de su difunta mujer una hermosa hija, Sancha, a la cual daba muy triste vida insoportable. Sancha soñaba hallar algún gentil caballero que la sacase de las penas que con su padre pasaba; y una sirvienta, sabedora de ese anhelo, cuando entre los pobres que comían a la puerta del castillo señorial, reparó en Garcí Fernández, en la apostura de sus maneras, y se fijó en aquellas manos, que más hermosas nunca viera, ni en hombre ni en mujer, pensó que éste podía ser el noble aven-

turero que su ama soñaba; sonsacó al mendigo conde que él era efectivamente un hidalgo, y quedó sobrecogida al oírle que aún era mucho más hidalgo que el señor de aquella tierra. El conde castellano, conducido ante Dña. Sancha, hincó las rodillas a manera de hombre pobre y puso su vida en manos de ella, pidiéndole secreto. En seguida le descubrió su calidad, su afrenta, su imposibilidad de volver a Castilla sin venganza y, al fin, le suplicó ayuda, prometiendo tomarla por mujer y hacerla señora de los castellanos. Dña. Sancha, ansiosa de salir de la insufrible vida que padre y madrastra le daban, se entrega aquella misma noche por mujer al forastero y prepara las cosas de modo que otro día Garcí Fernández degüella a los adúlteros cuando estaban dormidos. Garcí Fernández, llevando las dos cabezas trucas, vuelve a Castilla con su nueva mujer, reúne a todos sus vasallos en Burgos y les dice ante los sangrientos despojos de los ofensores: "Ahora soy digno de ser vuestro señor, que estoy vengado, y no antes, que vivía en deshonra". Los caballeros, reconociendo la excelente venganza de su señor, hicieron homenaje a la nueva condesa.

Garcí Fernández tiene un hijo, Sancho. Pero luego, la infelicidad conyugal del conde de las manos lindas se repite. Dña. Sancha, mujer de alma encruelecida por la injusticia de su padre y ya avezada al odio mortal, comienza a malquerer vehementemente a su marido. No osando, por miedo serle infiel, codiciaba verle muerto en cualquier manera, pues deseaba casarse con el rey moro Almanzor, y maquinó preparale la muerte en la guerra. Era entonces la guerra tan diaria con los moros, que todos los caballeros, para estar más prontos en cualquier rebato, estabulaban los caballos en sus mismas cámaras, y las damas mismas cuidaban de las bestias. Dña. Sancha, que cuidaba el caballo de su marido, lo mantenía muy gordo con salvado, pero sin cebada; así que cuando el conde tuvo que salir a campaña contra los moros invasores de Castilla, el caballo desfalleció en medio del combate y cayó a tierra, siendo el conde herido y preso. Este desgraciado combate fue en Piedra Salada; y el conde, cautivo en poder de sus enemigos, murió a los pocos días en Medinaceli.



Pero con esto el ambicioso amor de Dña. Sancha no halló franco el camino. Necesitaba deshacerse también de su hijo Sancho, el nuevo conde, para ofrecer el señorío de Castilla a Almanzor y lograr el ansiado matrimonio. Y una noche, destemplando las hierbas venenosas de que iba a servirse, la camarera que la asistía entendió la maldad y la reveló a un escudero del conde con quien tenía trato ilícito; el escudero, sin temor al castigo por haber ultrajado con la camarera el seguro del palacio condal, descubrió su propio delito para certificar al conde del increíble peligro que le amenazaba. Este escudero era natural de Espinosa y, habiendo sido perdonado después por el conde y casado con la camarera, fue cabeza del linaje de donde vienen los Monteros de Espinosa, que guardaron siempre el palacio de los reyes de Castilla, guarda que les fue dada por el advertimiento que el fiel escudero de don Sancho hizo a su señor.

Pues bien, cuando la condesa madre alargó la copa envenenada a don Sancho, él rogó a su madre que bebiese antes y, como ella se resistiese una y otra vez, sacó la espada, amenazándola con cortarle la cabeza, si no bebía. Ella bebió y luego cayó muerta. Después, el conde Sancho con quebranto y pesar de aquella muerte, fundó un rico monasterio en memoria de su madre, y lo llamó Oña, porque en Castilla dicen "mi oña", por mi dueña o mi señora, y así llamaban a la condesa sus vasallos (12).

Las explicaciones que se leen al final del poema sobre el origen de los Monteros y sobre la fundación del monasterio de Oña, constituyen dos leyendas etiológicas bien definidas. La primera se alinea dentro de las que he llamado etiologías sociológicas. Los Monteros formaban un estamento social determinado como miembros pertenecientes a la célebre institución medieval. La explicación sobre el origen de los Monteros guarda alguna lejana analogía con la tradición bíblica sobre los rajabitas y gabaonitas. Lo mismo que a Rajab, también al escudero de Espinosa le fue perdonada la vida como compensación por los servicios prestados. Lo mismo que los gabaonitas, también los Monteros desempeñaban un oficio público, si bien, más noble y de más relieve que el de aquéllos.

## 5. **Carácter secundario del factor etiológico.**

En el campo etiológico bíblico se hallan enfrentadas actualmente dos tesis, representadas, en términos generales, por las escuelas alemana y americana, respectivamente. La escuela alemana, si bien últimamente ha matizado algo sus afirmaciones, atribuye al factor etiológico una gran fuerza creadora. Desde el momento en que advierten en algún relato bíblico la presencia de fórmulas o motivos etiológicos, los autores alemanes automáticamente se predisponen contra su historicidad y tienden a considerarlos como una creación artificial con fines etiológicos (13). Las narraciones sobre la conquista de Palestina, recogidas por Jos. 1-11, en las que abundan las expresiones y fórmulas etiológicas, por ejemplo, son consideradas por M. Noth como meras creaciones etiológicas, destinadas a explicar una serie de topónimos y fenómenos naturales y sociales que provocaban la curiosidad de los israelitas: el santuario de Guilgal junto a Jericó y sus doce piedras; el "Collado de los Prepuicios"; las ruinas de Jericó y de Ai; el montón de piedras en Acor; la pervivencia de los rajabitas; la presencia y la misión de aguadores y leñadores de los gabaonitas; etc., etc. La escuela americana, en cambio, subraya el carácter secundario de las narraciones etiológicas. Según los americanos, no han sido los motivos etiológicos los que han provocado el nacimiento de los relatos en su totalidad, sino que las explicaciones etiológicas son posteriores, sobreañadidas y secundarias (14). En el ejemplo arriba citado de los relatos de la conquista, los americanos sostienen la historicidad fundamental de los mismos, sin perjuicio de admitir adiciones etiológicas secundarias.

Soy consciente de la complejidad del problema y reconozco que no se pueden dar soluciones de carácter general, sino que es necesario analizar cada caso en particular. Así lo ha hecho por lo que se refiere a Jos. 1-11, Andrés Ibáñez Arana (15). Sin embargo, el estudio de la literatura etiológica palentina y castellana me ha llevado a la convicción de que en el problema etiológico arriba planteado, la presunción está en favor de la escuela americana. Las tradiciones castellanas que recojo en este estudio, son de origen popular, lo mismo que una buena parte del material bíblico. De ahí que, desde al punto de vista literario, sea perfectamente lícita la comparación entre ambas literaturas en orden a clarificar sus mutuos problemas.

Como base de argumentación para demostrar mi tesis sobre el

carácter secundario del factor etiológico, voy a tomar la leyenda de "La Condesa Traidora". El hecho de que haya llegado hasta nosotros en tres versiones distintas, permite seguir su evolución histórica.

Tenemos la versión de la Primera Crónica General de España, escrita hacia 1289, descrita ampliamente más arriba. En esta versión se descubren muchos elementos fantásticos y ficticios. Empezamos por que Garcí Fernández no tuvo dos mujeres, Argentina y Sancha, sino una sola, llamada Aba. Argentina es un nombre desconocido en la onomástica castellana. Cae, pues, por su base la huída a Francia y, consiguientemente, la regencia de Castilla por los dos caballeros parientes del conde, que está calcada en la vieja y conocida leyenda de los jueces Nuño Rasura y Laín Calvo. Finalmente, Oña no conmemora a ninguna condesa castellana, sino que es un toponímico anterior a la fundación del monasterio en 1011.

Existe una segunda versión parcial, que data de 1243. Se debe a don Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo. Refiere solamente la última parte, referente al envenenamiento (16). El Toledano coincide en todo con lo que dice a este respecto la Crónica General, menos en lo que se refiere a la confidencia del envenenamiento que amenaza al joven conde, que aquí la recibe Sancho, no a través del escudero, sino directamente de la camarera. Suprimido el escudero, queda eliminada de raíz la tradición etiológica sobre los Monteros de Espinosa.

Gracias a la publicación de la Crónica Najerense, hecha por G. Cirot, tenemos actualmente una tercera versión, que data de hacia 1160, es decir, un siglo largo más antigua que la de la Crónica General. Según el relato najerense, la versión de los hechos es ésta:

El rey Almanzor envió un insidioso mensajero a la mujer de Garcí Fernández; por medio de él dirigía a la dama insidiosas palabras de amor y le preguntaba hábilmente si, mejor que ser simple condesa, no prefería llegar a ser reina. Halagada y seducida por tales palabras, estimando que el único estorbo para llegar a ser reina, era su marido, no pensó sino en cómo podría deshacerse de él.

Comenzó por debilitar el caballo del conde: todas las noches le sustraía la cebada y lo alimentaba con salvado solo, para que careciese de fuerza en el momento oportuno. Después, al acercarse la fiesta de Navidad, aconsejó e indujo a su marido a que ordenase a los caballeros irse a sus casas, a

fin de que celebrasen la gran festividad en compañía de sus mujeres e hijos. Y, una vez dispersados los caballeros por sus tierras respectivas, la condesa al punto anunció a Almanzor lo que había hecho. Almanzor, el mismo día de Navidad, envió una selecta hueste de jinetes a robar la comarca en que Garcí Fernández celebraba, en medio de la mayor devoción, la fiesta; y como el conde saliese atrevidamente a impedir el saqueo con los pocos caballeros que habían quedado a su lado, le desfalleció el caballo en medio de la pelea, por lo cual fue herido, preso y llevado a Córdoba, donde murió a los pocos días.

Entonces Almanzor devastó Castilla, destruyó sus fortalezas y llenó de terror al nuevo conde, Sancho García, hijo del difunto, el cual se vió obligado a refugiarse en el castillo de Lantarón con su madre, su hermana y todos los suyos. Mas como ni allí pudiese resistir las continuas incursiones y recios asaltos, pidió la paz, y se dice que para obtenerla entregó a su hermana a Almanzor.

La condesa madre empero, no contenta con haber muerto al marido, siempre con la esperanza de casarse con Almanzor, para saciar su ambición de reinar y para satisfacer más libremente su lujuria, pensó en matar con una pócima a su propio hijo, del cual pendía la única salvación de España toda. Dios, sin embargo, desbarató el malvado propósito de la madre; pues cuando el conde volvía de cierta incursión, salióle al encuentro una morita esclava, que le refirió cómo sabía por acaso la preparación de la copa mortífera y le avisó de que se abstuviese de beberla. El conde entró a caballo en el palacio (esa era entonces la costumbre), se apeó, se sentó en el escaño y sus caballeros ocuparon asientos en derredor. Venía muy cansado y, según solía, pidió de beber. La madre, como para honrarle, acudió, prestándole el vaso de plata; él la invitó a beber primero, y como ella porfiase que nó, obligada por la fuerza, al primer sorbo exaló el alma.

En seguida el conde Sancho tuvo encuentro con Almanzor; el moro volvió las espaldas, y en la carrera de su fuga se reventó por medio. Después de haber matado al rey Almanzor, don Sancho destruyó Córdoba y de allí trajo el cuerpo



de su padre, el conde Garcí Fernández, para enterrarlo en el monasterio de Cardeña.

Como se ve, esta versión del s. XII es mucho más sobria que la de la Crónica General. No dice nada de un doble matrimonio de Garcí Fernández; para nada se habla del viaje a Francia y de la venganza del conde; no conoce la regencia de los dos parientes de Garcí Fernández; guarda silencio absoluto sobre los Monteros de Espinosa y sobre la relación entre el monasterio de Oña y la condesa traidora. Acerca de este último punto es de notar que la Crónica Najerense conoce el hecho histórico de la fundación del Monasterio de Oña, por el conde Sancho, pero no relaciona este hecho para nada con el relato del envenenamiento de la condesa.

Todas estas noticias están tomadas de D. Ramón Menéndez Pidal, que ha dedicado al poema de "La Condesa Traidora", un largo estudio (17). Como se sabe, en sus múltiples publicaciones sobre los cantos de gesta, Menéndez Pidal ha reivindicado para la épica castellana una crecida proporción de objetividad histórica. Esta dosis de realidad histórica —sigue diciendo el sabio historiador— es mayor en las redacciones más antiguas. Según confesión de Menéndez Pidal, la leyenda de Garcí Fernández, tan llena de elementos ficticios y vacía de historia en la versión de la Crónica General, fue durante algún tiempo la principal excepción con que tropezó en su convencimiento respecto de la fundamental historicidad de la epopeya castellana. Pero cuando fue publicada la versión najerense, en la que no figuraban todos los elementos ficticios y fantásticos de la versión del s. XIII, la leyenda de "La Condesa Traidora", se convirtió de piedra de tropiezo en una prueba más de la tesis historicista.

*En conclusión*, los elementos ficticios y ornamentales, entre los que se encuentran generalmente las leyendas y explicaciones etiológicas, son por regla general adiciones posteriores, que han venido a incrustarse en narraciones más antiguas, las cuales reflejan con más objetividad la realidad histórica. Tendríamos, pues, que los factores etiológicos no tienen tanta fuerza creadora como se les ha querido atribuir, sino que son más bien retoques adicionales sobre narraciones ya existentes. Lo acabamos de ver, la necesidad de buscar la causa u origen de los Monteros de Espinosa y la fundación del monasterio de Oña, no han sido los factores que han creado el poema de "La Condesa Traidora". Lo único que han hecho, ha sido retocar con fines etiológicos una tradición ya existente. Algo similar ocurre en el ro-

mance de "La Venganza del Conde": no ha sido la necesidad de explicar el nombre de "Cantamuda", o la fundación de los santuarios de San Salvador y Lebanza, los que han dado origen al poema, sino que estos motivos etiológicos tienen todos los indicios de ser adiciones posteriores.

ANTONIO GONZALEZ LAMADRID

## NOTAS

- 1.—Los primeros que empezaron a usar el término "etiológico", como título de un determinado género literario, fueron los tratadistas de la mitología clásica, que dividieron los mitos en: a) Naturalísticos; b) Históricos; c) Etiológicos. Bajo este último epígrafe, comprendían todos aquellos mitos, que tratan de explicar la causa de un rito, de una figuración o de un nombre. Los mitos etiológicos se subdividen en: culturales, icónicos, etimológicos, etc. H. GUNKEL, *Génesis übersetzt und erklärt*. Gotinga 1901: es quien lo empieza a aplicar a la Biblia; a la autoridad de Gunkel se unió pronto H. CRESSMANN, *Die Anfaenge Israels. Von 2 Mosis bis Richter und Ruth* (Die Schrift des AT, I, 2) Gotinga 1922; A. ALT *Josua* (BZAW 66 (1936) 17-24; ahora en "Kleine Schriften", I, 176-192; M. NOTH, *Das Buch Josua* (HAT, 7). Tubinga 1953.
- 2.—ANDRÉS IBÁÑEZ ARANA, *La narración etiológica como género literario bíblico*, *Scriptorium* Victoriense 10 (1963) 161-176; IDEM, *Las Narraciones etiológicas de Jos 1-11*, *Lumen* 18 (1969) 340-368; IDEM, *Las fórmulas etiológicas de Jos 1-11*, *Lumen* 19 (1970) 25-51; IDEM, *El género etiológico en Jos 1-11*, *Lumen* 19 (1970), 97-124; IDEM, *El género etiológico en Jos 1-11*, *Lumen* 19 (1970) 222-248.
- 3.—Posible causa u origen de la lamentación anual de las hijas de Israel: el rito pagano de llorar la muerte del dios. Así, por ejemplo, la virgen Anat, hermana de Baal, recorría los montes en busca de su hermano muerto, haciendo resonar sus lamentaciones (IDB, vol. I, p. 329). Dos pasajes proféticos prueban que Israel había hecho suyas estas lamentaciones rituales: Zac 12, 11 (el llanto por Adad Rimón; téngase en cuenta que Adad=Baal); Ez 8,14 (el llanto de Tammuz de las mujeres de Jerusalén; Tammuz es una variación de Baal).
- 4.—En realidad, lo que parece ser una adulteración es "Cantamuda". En los documentos antiguos San Salvador aparece con los apellidos: "de Traemaya"; "de campo de Muga"; "de Cantamuga". Véase la *Silva Palentina*, I, p. 200, nota 1; III, p. 14 y 26-27. "Muga", es una palabra de origen vasco, que significa "mojón"; tendríamos, por tanto, que "campo de muga" o "cantamuga", debe interpretarse en este contexto: campo de mojones o cantos-mojones. Con el tiempo, este nombre no decía ya nada al pueblo y lo cambió en "Cantamuda". No contento con esto, creó luego una leyenda para explicarlo.
- 5.—Sobre el origen más verosímil del título "de la Calle", véanse los estudios de TIMOTEO GARCÍA CUESTA, recogidos últimamente en un largo artículo titulado "El Santuario de Nuestra Señora de la Calle de Palencia", en "Publicaciones de la Institución "Tello Téllez de Meneses"", número 31, pp. 47-192.

- 6.—Esta leyenda del caballo y el azor es uno de los argumentos más fuertes aducidos por don Ramón Menéndez Pidal en favor de su *teoría germánica*, para explicar el origen de los Cantarcos de Gesta española, frente a la otras dos hipótesis, la *francesa* y la *árabe*. En efecto, el tema de la liberación de Castilla por el precio de un azor y de un caballo tiene paralelismo sorprendente y único con una leyenda de ascendencia germánica, recogida por Jordanes en el s. vi, según la cual, los Godos orientales, antes de habitar en la cuenca del Danubio, estuvieron reducidos a servidumbre, de la cual los sacó un cierto personaje, que consiguió su liberación mediante el precio de un caballo. “Un tema tan singular, raro y extravagante como es la liberación de un pueblo mediante el precio de un caballo —dice Menéndez Pidal— no puede ocurrirse dos veces independientemente, a los Godos del oriente europeo, historiados por Jordanes en el s. vi y a los Castellanos, historiados por la Crónica Najarense y poetizados por el monje de Arlanza en los siglos XII y XIII”. (R. MENÉNDEZ PIDAL, *Los Godos y el origen de la epopeya española*, en “Mis páginas preferidas” (“Antología Hispánica”, vol. 7). Madrid 1957, pp. 58-95).
- 7.—Tomado de VALENTÍN BLEYE, *Guía turística de Palencia y su provincia*. Palencia 1958, pp. 296-297. Sobre distintas leyendas en torno a lagos famosos, habla D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL en “*Historia y Epopeya*”, Madrid 1934, p. 183. Habla, por ejemplo de la “Leyenda de la Laguna Negra”, que se encuentra cerca de Barbadillo de Herreros, en la provincia de Burgos. Según dicha leyenda, el nombre de la laguna y los raros fenómenos que en ella se producen, se deben a que aquí se arrojó doña Alambra, la madre de los Siete Infantes de Lara.
- 8.—*Silva Palentina*, vol. I, pp. 113-114.
- 9.—Tomado de VALENTÍN BLEYE, *Guía turística de Palencia y su provincia*. Palencia 1958, p. 193.
- 10.—Véase el Poema de Arlanza, escrito por un monje del monasterio de dicho nombre, hacia mediados del s. XIII.
- 11.—DON ALONSO FERNÁNDEZ DE MADRID, *Silva Palentina*, vol. I, pp. 88-89.
- 12.—Tomado de DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Leyenda de la Condesa Traidora*, en la revista “Humanidades” de Buenos Aires, XXI (1930) 11-33. Reimpresa en “Obras de Ramón Menéndez Pidal”, tomo II. Madrid 1934, y de nuevo en “Mis páginas preferidas” (Antología Hispánica, vol. 7). Madrid 1957, pp. 96-123.
- 13.—Véanse las obras de H. Gunkel, H. Grossmann, A. Alt y M. Noth, citadas en la nota 1. Han matizado algo: M. NOTH, *Der Beitrag der Archäologie zur Geschichte Israels*, VTSuppl. 7(1959) 262-282; M. WEIPPERT, *Die Landnahme der israelitischen Stämme in der neueren wissenschaftlichen Diskussion. Ein kritischer Bericht* FRLANT, 92). Göttinga 1967.
- 14.—W. F. ALBRIGHT, *The Israelite Conquest of Canaan in the Light of Archaeology*, BASOR 74 (1939) 11-23; Y. KAUFMANN, *The Biblical Account of the Conquest of Palestine*. Jerusalén 1953; J. BRIGHT, *Early Israel in Recent History Writing*, Studies in Biblical Theology, 19). Londres 1956; J. L. SEELICMANN, *Aetiological Elements in Biblical Historiography*, Zion 26 (1961) 141-169; G. E. WRIGHT, *Biblical Archaeology. New and rev. ed.* Philadelphia-London 1962; B. S. CHILDS, *A Study of the Formula “Until this Day”*, JBL 82 (1963), 279-292; B. O. LONG, *The Problem of Etiological Narrative in the Old Testament* (BZAW, 108). Berlín 1968.
- 15.—ANDRÉS IBÁÑEZ ARANA, *El Género etiológico en Jos 1-11*, Lumen 19 (1970) 97-124; 222-248.



- 16.—El hecho de que el Toledano sólo refiera el envenenamiento ha dado lugar a que algunos autores hayan considerado este episodio como algo autónomo e independiente. Últimamente, W. D. Shepard (*Modern Languages Notes* XXIII (1908) (146-147), se inclina a creer que tal envenenamiento es invención del arzobispo, hombre de vastas lecturas, que lo debió tomar del envenenamiento de Rosmunda contado por Paulo Diácono, autor muy conocido en la Edad Media. Menéndez Pidal cree que el relato del envenenamiento no se inspira en Rosmunda, sino en Cleopatra, reina de Siria, que, celosa de Rodoguna, tiende asechanzas a su marido Demetrio Nicanor y le mata; luego mata también a su hijo Seleuco y trata de envenenar a Grypo, otro hijo, el cual había sido avisado secretamente, y la obligó a beber a ella, que murió. Véase D. Ramón Menéndez Pidal, obra citada en la nota 12.
- 17.—Véase citado en la nota 12.



CONTESTACION AL RECIPIENDARIO DE LA INSTITUCION  
 "TELLO TELLEZ DE MENESES", M. ILTRE. SR. DON ANTONIO  
 GONZALEZ LAMADRID, POR EL ACADEMICO DON PABLO  
 CEPEDA CALZADA

---

Me ha correspondido a mí, el honor de contestar al muy ilustre señor don Antonio González Lamadrid, en el discurso de ingreso como académico numerario de la Institución "Tello Téllez de Meneses".

Lo hago en una situación espiritual, en la que convergen motivaciones y razones que otorgan especial significación a este acto académico. Me llena de alborozo el que hubiera llegado este día, en el que podemos contar con el Dr. González Lamadrid, de manera oficial, como uno de nuestros investigadores en el Centro de Estudios Palentinos, con toda la enérgica promesa que esto significa.

La honestidad intelectual que cualquier manifestación pública de la Institución "Tello Téllez de Meneses", nos exige, impone de consuno el reconocimiento, sin ambages ni reservas de ningún género, de la ya lograda obra, incluso abundante y plena de madurez, con unas características de acentuada especialización, como es la del hoy recipiendario. Han escuchado ustedes algunas tradiciones etiológicas palentinas, y seguramente, se habrá producido una reviviscencia y un resurgimiento de ancestrales recuerdos colectivos, que yacen latentes en el hogar del alma. Salvando las distancias, es decir, salvando

la diferencia de los temas y la extensión y profundidad con que son tratados, algo análogo nos ocurre cuando nos internamos en el núcleo de la producción de Don Antonio González Lamadrid, con cuyo contacto aflora y cobra inusitada vivacidad, la tradición judeo-cristiana que nos nutre espiritualmente. Por citar un simple detalle y ejemplo revelador, diré que se nos aclara que el Evangelio de San Juan se enraiza en la corriente más genuinamente judía, así como se desvanece el pretendido gnosticismo helénico de las cartas de San Pablo, y el término "mysterion", que siempre se había creído de origen griego, lo encontramos empleado ahora profusamente en los escritos de Qumrán (1).

Humanamente Don Antonio González Lamadrid es de un trato afable, cordial, extremadamente sencillo, de tal manera que pasan desapercibidos sus méritos y su categoría intelectual, incluso para aquellos que más de cerca le podemos tratar y entre los que, por fortuna, tengo la suerte de encontrarme. Pero a medida que vamos penetrando en sus trabajos y publicaciones, se va apoderando de nosotros la sorpresa y el asombro, al advertir la vastedad de los conocimientos, la pulcra y abundante documentación, el rigor lógico de la exposición. Si a esto se añade, según ya he indicado, la especialización de los temas por él tratados, los concienzudos estudios escriturísticos, en los que se encuentra al filo de la más exigente actualidad, y de los que la mayoría de las personas solemos estar algo alejados o no los seguimos según demanda su importancia, entonces nos espoleará una acuciante expectativa sobre las materias por él tratadas.

Don Antonio González Lamadrid es natural de Varago, en el Valle de Liébana, el cual perteneció a la Diócesis de Palencia o de Pernía, hasta el último reajuste administrativo de las demarcaciones diocesanas. Cursó los estudios de sacerdote en el Seminario de Palencia. Es Licenciado en Teología en la Gregoriana de Roma, en el Curso de 1950/51. Se licencia en Sagrada Escritura en el Bíblico de Roma en 1951/53. Doctorado en Teología en el Instituto Bíblico Franciscano de Jerusalén en el Curso de 1968/69, siendo el Título de la Tesis Doctoral "Ipse est pax nostra. Estudio exegético-teológico de Ef. 2, 14-18".

Enumero el siguiente elenco de publicaciones:

"Los Descubrimientos de Qumrán". Madrid, 1956.

(1) Antonio González Lamadrid: "Los descubrimientos del mar Muerto". Balance de 25 años de hallazgos y estudios.—Madrid, 1971.—Pág. 244-245.

“Género escatológico - apocalíptico en los Evangelios”. (XVII Semana Bíblica Española). Madrid, 1958, pp. 115-132.

“Beduinos, Monjes y Tesoros”. Madrid, 1962.

“Jonás y la Ballena”. Madrid, 1963.

“Libros Históricos” (Manual Bíblico, Antiguo Testamento, I). Madrid, 1963.

Artículos sobre “Alianza”, “Elección”, “Escuela Bíblica de Jerusalén”, “Esenios”, “Instituto Bíblico de Roma”, “Juan Bautista”, “Jordán”, “Libros de las Crónicas”, “Libros de Esdras y Nehemías”, “Qumrán”, para la “Enciclopedia de la Biblia”, de Barcelona, de 1963.

“Libros Proféticos” (Manual Bíblico. Antiguo Testamento, II). Madrid, 1964.

“Geografía de Palestina” (Manual Bíblico. Introducción General). Madrid, 1964.

“Traducción y notas”, de los siguientes libros: Levítico, Números, Deuteronomio, I-II. Crónicas, I-II, Cartas de San Pedro, para “La Biblia de Ediciones Paulinas”. Madrid, 1964.

“Instituciones Bíblicas”, (Manual Bíblico. Introducción General). Madrid, 1964.

“Introducción a las cartas de San Pablo y Cartas Católicas”, para la “Biblia de Ediciones Paulinas”, Madrid, 1964.

“Pentateuco”, (Manual Bíblico, vol. I). Madrid, 1966.

“Job” (Manual Bíblico, vol. III). Madrid, 1966.

“Pax et Bonum”. “Shalôm” y “Tôb”, en relación con “Berit”, Estudios Bíblicos, 28 (1969) 61-77.

“Los Salmos hoy”, Lumen 18 (1969) 385-402.

“Ipse est pax nostra”. Estudio exgético - teológico de Ef. 2, 14-18. Estudios Bíblicos 28 (1969) 209-261; 29 (1970) 101-136; 227.

En prensa tiene:

“La Ley en el marco de la Alianza” (Ponencia presentada a la Bíblica Española de 1969, que será publicada en el volumen correspondiente).

“Teología de las Tradiciones Yavista y Sacerdotal”.

“Teología de la Historia Deuteronomista”, que sale en la colección “Cuadernos de Teología Bíblica”, con los números 2 y 3.

En febrero del presente año, por la Biblioteca de Autores Cristianos, se ha publicado “Los descubrimientos del mar Muerto. Balance de veinticinco años de hallazgos y estudios”. Como es natural, no voy a intentar, ni remotamente, aludir a la problemática de esta

obra. La voluminosa literatura, compuesta de un millar aproximado de documentos distribuidos en veinte lotes diferentes, cubre un amplio espacio de tiempo que va, desde el año 375 antes de J. C. al 135 de nuestra era. Con respecto al Antiguo Testamento, se recuperan copias de libros sagrados, nueve, diez, once y hasta doce siglos más antiguas que las hasta ahora existentes. En cuanto al Nuevo Testamento, la mayor parte de la nueva literatura, es rigurosamente contemporánea del nacimiento del cristianismo. Pertenece a la secta de los esenios, que vivían en régimen monacal en la región de Qumrán, en las inmediaciones del mar Muerto. Cabe plantearse algunos interrogantes, cuales pueden ser si durante los años de juventud en el desierto, habría vivido Juan Bautista con los esenios; si existirá algún paralelismo entre Jesús y el fundador de la comunidad de Qumrán; si la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén se habrá inspirado en las experiencias de Qumrán; si habrá alguna relación e incluso dependencia del cristianismo con respecto al esenismo. Interrogantes que son tratadas por el Dr. González Lamadrid con competencia, seriedad y madurez de criterio. Con palabras del autor, "la literatura de Qumrán tiene además la garantía de que ha llegado hasta nosotros tal como fue depositada en las cuevas en junio del año 68 de nuestra era" (1).

Ningún autor español ha seguido como él tan de cerca los descubrimientos del mar Muerto. Participó "in situ", en 1954 en las excavaciones del monasterio de los esenios en Qumrán, y ha vivido durante largas temporadas en Jerusalén con los miembros del equipo encargado de publicar los manuscritos. Es, también, figura decollante del grupo de biblistas que componen la Casa de la Biblia.

Con esta brevísima exposición, se advertirá la excepcional preparación y especialidad en temas escriturísticos. El mundo actual está ansioso de autenticidad en todos los órdenes de la existencia, y en la ciencia histórica, la autenticidad consiste en el contraste y análisis del rigor documental. Si esta autenticidad se refiere a los fundamentos de nuestra fe, a los orígenes del cristianismo, el interés y la trascendencia del tema sube de punto. De aquí el valor, tanto histórico como humanístico, que representan las investigaciones del Dr. González Lamadrid.

En el orden local, por así decir, en el estudio de aquellas tradiciones de nuestra provincia que signifiquen un hondo afecto senti-

(1) "Los descubrimientos del mar Muerto, Madrid, 1971.—Pág. 251.

mental y cultural, nada puedo añadir, después de haber escuchado la disertación del académico recipiendario. Solamente subrayar dos aspectos: primero, que el sentido etiológico, es decir, causal o interpretativo de los orígenes, un tanto misteriosos, de un acontecimiento determinado, pueden ser una matización muy valiosa y específica de los géneros literarios. En efecto, en los orígenes de la historia, el género etiológico refleja literariamente una mentalidad infantil, con todo lo que la misma supone de fabulación poética, que se sedimenta en mitos y símbolos. Por el segundo aspecto, no creo ser infiel al pensamiento de Don Antonio González Lamadrid, si manifiesto que este trabajo con que hoy nos ha deleitado, lo concibe susceptible de ulteriores desarrollos y amplificaciones. Corresponde, en consecuencia, a todos los palentinos en general y a aquellos que especialmente tengan algunas posibilidades para ello, el recoger algunas otras leyendas de sentido etiológico, las cuales acaso por la evolución acelerada de los tiempos están a punto de perderse, y hacerlas llegar al autor o a la Institución "Tello Téllez de Meneses".

Felicitémonos todos del ingreso de Don Antonio González Lamadrid en la Institución "Tello Téllez de Meneses". Hay muchos temas o motivos en nuestra Provincia, sobre los que, sin salirse de su especialización escriturística o proyectando las técnicas de la literatura comparada, pueden ser iluminados con nuevos desvelamientos para extraer de los mismos su precioso secreto.

PABLO CEPEDA CALZADA





## TRADICIONES ETIOLÓGICAS PALENTINAS

---

### a) *Etiologías etimológicas*

#### I.—LA VENGANZA DEL CONDE

— I —

En una elevada peña,  
situada junto a Tremaya;  
en el valle de Pernía,  
que el claro Pisuerga baña;

Desafiando a las nubes,  
a que en altura se iguala;  
el fuerte castillo estuvo  
do el conde Munio habitaba.

Ya quedan pocas señales  
en el sitio que ocupara;  
pero fue en remotos tiempos  
fortaleza inexpugnada.

Con sus muros y sus torres  
por almenas coronadas,  
seguro asilo ofrecía  
al señor de la comarca,

Que de tan notable altura  
sus dominios divisaba,  
viendo sus pueblos dispersos  
entre cerros y montañas.

Los Llazos miraba al frente,  
junto al peñasco Tremaya,  
y allí cerca los tres barrios  
de Redondo contemplaba:

En medio Santa María,  
San Juan a la bajera,  
y por cima San Martín,  
que después se despoblara.

Más lejos Lores veía,  
do la nobleza habitaba,  
y una humilde casa en Vegas,  
camino de Sierras Albas.

Areños y Camasobres  
cerca de allí se encontraban  
y hacia el norte Piedras Luengas,  
sólo de hidalgos morada.

Más al sur San Salvador,  
y a su inmediación Lebanza;  
El Campo al lado, y no lejos  
de Santiago la explanada;

Donde se alza el santuario  
del viejo patrón de España,  
primero que hubo en Pernía,  
después de reconquistada.

A otro lado Polentinos  
donde la vista no alcanza,  
y Vañes y Villanueva  
hacia la parte más baja.

Carracedo más arriba,  
que entonces poblado estaba,  
y hoy solo y yermo se ve  
en poder de gente extraña

A la espalda del Castillo  
verdes montañas se alzaban  
situadas en noble tierra,  
que de Pernía es hermana.

Era la Castillería,  
cuna de gentes honradas,  
que más tarde el fuero altivo  
de Sepúlveda alcanzaba.

Libre este valle vivía,  
sin yugo que le pesara,  
pues según la historia cuenta  
a sus señores nombraba;

Mas hubo tiempo también,  
en que su cerviz doblara,  
sometiéndose al dominio  
de personas encumbradas;

Y tal había sucedido  
en la edad afortunada,  
en que aquel ilustre conde  
estos valles gobernara.

Tranquilos en sus contornos  
varios pueblos encerraba,  
con San Felices en medio,  
y allá en el norte Celada.

De otra parte Roblecedo,  
que sin gente se quedara,  
y cerca de él Herrerueta,  
y más lejos Estalaya,

Y escondido al occidente,  
en situación muy galana,  
al pie de enhiesto collado  
también Verdeña se hallaba.

A estos y otros varios pueblos  
de las próximas comarcas  
se extendió en mejores días  
la merindad perniiana;

Comprendiendo en su recinto  
a la villa cerverana,  
con Pineda, San Martín,  
y la Pisuerga inmediata;

Y parte del monte Vinnio,  
a cuyos pies fue fundada  
por Munio Núñez y Argilo  
la villa de Brannia Ossaria;

Allí donde los guerreros  
de la heroica y fiel Cantabria  
contra Roma pelearon  
en defensa de su patria;

Tiñendo su noble sangre  
la corriente de las aguas  
del Rubagón, que en el día  
por entre el carbón resbalan.

Conviene agregar por fin  
que ella en junto lindaba  
con Polaciones, Campoo,  
Santullán y sus montañas;

Con el Alfoz de Aguilar,  
la Ojeda y la tierra de Alba,  
con Castrejón y la Peña  
y la Liébana o Libania.

— II —

Conocido así el terreno,  
donde el suceso pasara,  
es tiempo ya de contarle,  
según la historia le narra.

Hace de esto muchos años;  
como que entonces finaba  
la existencia del Condado,  
cuya cabeza fue Amaya;

Pasando a Sancho el Mayor  
de la casa de Navarra,  
y después el gran Fernando,  
que el regio manto alcanzara;

Y el cual compartió su trono  
con la reina Dña. Sancha,  
por quien León se vio unido  
a la tierra castellana;

Después que murió Bermudo,  
último especial monarca,  
de aquella ilustre corona  
que tanto ensanchó a la patria.

El Cid Campeador entonces  
su ilustre vida empezaba,  
preparándose a llenar  
los campos con sus hazañas.

Todo esto aquí referido,  
para fijar nuestra marcha,  
en la primera mitad  
del siglo oncenno pasaba.

Ocurrió, pues, que en Pernía  
famoso conde mandaba,  
por sus hechos conocido  
en toda la noble España.

Llamábase Munio Gómez,  
aunque en Bustio le trocara  
la tradición desde antiguo  
por el pueblo conservada.

Hijo fue de Gómez Díaz,  
noble conde de Saldaña;  
nieto de Diego Muñiz,  
que igual condado gozara.

Su madre fue Mumadona,  
hija bella y apreciada  
del conde Fernán González  
el que a Castilla encumbrara.

Su bisabuelo paterno  
fue don Munio de Saldaña;  
y por parte de su madre  
su ilustre línea entroncaba.

Con el gran Nuño Rasura,  
aquel que en época aciaga  
fue uno de los buenos jueces  
de Castilla soberana.

Estaba soltero el conde;  
y aunque ya lo reclamaban  
su edad y su noble alcurnia,  
en casarse no pensaba.

Hasta que vio una doncella  
joven, apuesta y gallarda,  
nacida en tierra leonesa,  
de ilustre y regia prosapia;

Hija de Dña. Adosinda  
rica señora asturiana,  
y de Favila Fernández,  
famosos por sus hazañas;

Que hasta hizo cara a Almanzor,  
cuando con pasión insana,  
aquel feroz musulmán  
por nuestras tierras entraba.

Esta niña candorosa  
fue, pues, ocasión y causa  
de que el conde Munio Gómez  
todos sus planes cambiara.

Prendose de su hermosura  
y de sus virtudes raras,  
y hacia el año mil y veinte  
en matrimonio se enlazan;

Sin que sirviera de obstáculo  
la diferencia marcada  
de edad que entre ellos había,  
cuando su unión celebraran;

Pues nacida el año mil,  
ella unos veinte contaba,  
y el conde, a mi parecer,  
esos años triplicaba.

— III —

Era Munio caballero  
de fuerte brío y pujanza,  
de varoniles arranques  
y una conducta sin tacha.

Religioso y justiciero,  
a su patria idolatraba,  
y más de una vez los moros  
huyeron ante su lanza;

Cuando con fieles vasallos  
nacidos de sus montañas,  
fue a combatir por su ley,  
siguiendo la enseña santa.

En unión de sus hermanos  
Garcí Gómez de Saldaña  
y Velasco y Sancho, condes  
que en edad le aventajaban.

Con las fieras de sus bosques  
en tiempo de paz lidiaba,  
sin miedo a los jabalíes,  
ni a los osos ni a sus garras;

Cazando además tasugos,  
lobos, raposas taimadas,  
gatos monteses, mustelas,  
garduñas, turones, martas;

Con los corzos y rebecos  
y ciervos de grandes astas,  
liebres, esquilos y erizos,  
y nutrias de anfibia raza;

Perdices y codornices  
y palomas irisadas,  
faisanes, aves de presa,  
y otras varias alimañas.

Y Dña. Elvira Favila,  
que así la esposa se llama,  
era dechado perfecto  
de las mujeres cristianas.

De esbelto talle, ojos negros,  
gracioso andar, tez muy blanca,  
de regular estatura  
y una belleza extremada.

Afable con sus criados  
con sus vasallos muy llana,  
caritativa y humilde  
a los pobres consolaba.

En su castillo vivían;  
felices se contemplaban  
los dos esposos, unidos  
en vida ejemplar y santa.

Descendiendo algunas veces  
por la Espina paseaban,  
sus dominios recorrían,  
y al castillo regresaban.

Desde allí toda Pernía  
con la vista registraban,  
y en ver sus montes y valles  
sin cesar se recreaban.

Vieron alzarse las nubes  
del pozo de Curavacas,  
vieron asomar la niebla  
de allende la Peña Labra;

Saludando con respeto  
la cruz que entonces se alzaba  
en el cerro del Ulago,  
entre el Campiño y la Cuarca.

Vieron pastar los ganados  
en las laderas cercanas,  
desde Valmián a Hordejón,  
del Hayedo a las Estradas;

De Peñas Negras arriba  
nada oculto a sus miradas  
pudo quedar, pues dominan  
cerros, vegas y hondonadas.

Mirando a sus pies, del río  
veían las dulces aguas,  
que en continua corriente  
desde el Coble caminaban;

Surgiendo allí al aire libre  
después de ir aprisionada  
bajo tierra desde el Hoyo,  
que Saldelafuente llaman;

No lejos de Cobarrés,  
do el Rey Casto se albergara,  
cuando perseguido huía  
de los intrusos monarcas.

Añosos robles contemplan  
y sierras muy elevadas,  
que de nieve en el otoño  
pronto se ven coronadas;

Siendo notable entre todas  
el Pico de las Tres Aguas,  
que vierte al Mediterráneo  
y al mar Atlante y Cantabria;

Además Valdecebollas,  
que los geodestas enlazan  
con el pico de Espigüete  
y con la Peña de Amaya.

También risueñas praderas,  
do limpidas fuentes manan,  
aperciben de su altura,  
junto a tierras cultivadas.

La vida pasan dichosos,  
aliviando las desgracias,  
y haciendo bien a sus gentes,  
que a los dos les idolatran.

En medio de esta su dicha  
sólo una cosa les falta,  
que es tener algún hijo,  
en quien ambos se adoraran.

#### — IV —

Pero el destino fatal,  
que envisioso les miraba,  
quiso acabar su ventura  
de los celos con el arma.

El conde Munio hasta entonces  
en su esposa confiaba  
conociendo su cariño  
y su fidelidad probada;

Hasta que las apariencias  
malamente interpretadas,  
y también bajas intrigas  
que tramó gente villana,

Del conde en el pecho encienden  
 pasión feroz y bastarda,  
 que a su amor sustituyendo  
 le inspiró sed de venganza.

Y no obstante las virtudes  
 de su esposa siempre honrada,  
 su obcecación le condujo  
 a cometer una infamia;

Contribuyendo tal vez  
 a este fin la circunstancia  
 de diferencia de edades,  
 anteriormente expresada.

Mal informado creyó  
 que del deber olvidada,  
 a desórdenes impuros  
 Dña. Elvira se entregaba.

Primero duda cruel  
 apoderose del alma;  
 después, furioso, a la ira  
 en su corazón dio entrada.

Y aunque a veces su conciencia  
 ¡Es inocente! gritaba,  
 estos gritos no escuchó  
 su razón extraviada.

Así que a pesar de todo,  
 y sin pararse a observarla,  
 con extraña ligereza  
 juzgó a su esposa manchada;

Y convirtiéndose en furor  
 el amor que atesoraba  
 de su imaginaria afrenta  
 quiso vengarse con saña.

Escogió tremenda noche,  
 en que en tempestad estalla,  
 en que la luna se oculta,  
 y el ronco viento silvaba.

Cubierto se hallaba el suelo  
 de una reciente nevada,  
 que fue por el triste invierno  
 cuando estos hechos pasaran.

Era intensísimo el frío,  
 y sin parar torbelaba;  
 grandes hielos peligrosos,  
 por doquier se observaban.

A la media noche el conde  
 su venganza preparaba,  
 cuando todos recogidos  
 en el castillo ya estaban,

No le detiene el rigor  
 de aquella estación tirana,  
 ni el viento que airado sopla,  
 calma su frente abrasada.

Dispone una mula ciega,  
 vieja, coja y también falsa:  
 sobre ella pone a su esposa  
 y del castillo la lanza.

Dala por guía y apoyo  
 sorda y muda una criada,  
 y hace marchar a la mula  
 descendiendo la montaña.

Por camino inaccesible  
 hasta a rebecas y cabras;  
 por sitios donde siquiera  
 ni las mismas fieras andan;

Por riscos do sólo posa  
 en ocasiones el águila  
 que tiene altiva su nido  
 en la Peña de las Grajas;

Por do jamás anduvieron  
 de hombre atrevido las plantas;  
 ni las hierbas despuntaron  
 nunca las ovejas mansas;

Por allí cruel el conde  
 a la mula encaminara,  
 con el fin de que su esposa  
 sucumbiese despeñada;

Y cayendo sus depojos  
 del Pisuerga entre las aguas,  
 ya nunca más parecieran  
 restos de la infortunada.

— V —

Mas ¡oh prodigio! Dios vela  
 por Dña. Elvira la santa:  
 que nunca Dios abandona  
 al que en peligro se halla.

La esposa del conde Munio  
 inocente y pura estaba,  
 por lo cual la Providencia  
 había resuelto salvarla.

Y entre los mil precipicios  
 que la mula atravesara  
 hasta descender al llano  
 desde la peña empinada,

Ni una sola vez tropieza;  
y por la parte más agría  
desde el peñasco hasta el río  
baja con su doble carga;

Dejando allí para muestra  
del suceso que pasara,  
en varios puntos visible,  
la señal de sus pisadas.

Durante el peligro, humilde  
Dña. Elvira resignada,  
con fervor se encomendó  
a Dios y a la Virgen Santa.

Viéndose en salvo después  
lo primero fue a dar gracias  
al Rey de cielos y tierras,  
que su ayuda la prestara.

Luego marchó valle abajo  
siguiendo el curso del agua,  
mientras tanto que la noche  
y la tempestad acaban.

Sin parar en Orbaneja,  
continuó su triste marcha,  
y al llegar a un pueblecito,  
que junto al río se alzaba,

Al atravesar un puente,  
que al pueblecito guiaba,  
empieza a dar grandes voces  
la sorda y muda criada;

Alabando a Dios eterno  
y proclamando muy alta  
la injusticia de su amo,  
la inocencia de su ama.

Esto ocurrió ante las gentes,  
que a su paso se agolparan,  
al tiempo que el sol radiante  
por los cerros asomaba;

Y por esta causa el pueblo,  
donde la muda cantara,  
y que hasta allí se decía  
San Salvador de Tremaya,

En Cantamuda trocó  
el nombre que antes llevaba;  
y así sigue, aunque en el día  
lo adulate la ignorancia.

En tanto el conde en su altura  
frenético paseaba  
sin poder estarse quieto  
ni recogerse a su estancia.

Desesperado intentó  
clavarse su propia espada,  
para acabar con la vida,  
los sufrimientos del alma;

Mas le contuvo algún ángel,  
para que no se matara  
con el fin de que después  
arrepentido llorara.

Allí de pie y sin sosiego  
llegó a sorprenderle el alba,  
mirando si entre las peñas  
algún bulto divisaba.

Cruels remordimientos  
cual fantasmas le acosaban,  
al tiempo que en Cantamuda  
en triunfo su esposa entraba;

Y que el pueblo conociendo  
el milagro que se obrara,  
en su querida condesa  
un ángel puro miraba.

Al saber el conde Munio  
tales prodigios, el alma  
se le conmueve y se postra  
de Jesucristo a las plantas.

Luego parte como un rayo  
a do está su esposa honrada,  
y llega impaciente a ella,  
osando apenas mirarla.

Pide perdón muy humilde  
a Dios y a su Elvira amada,  
y contrito y pesaroso  
vierte lágrimas amargas.

Mas la noble Dña. Elvira  
no desoye sus palabras,  
y le acoge cariñosa  
y le perdona sus faltas.

— VI —

Entonces arrepentido  
una iglesia el conde labra,  
para que reciba culto  
la Virgen Inmaculada;

Aprovechando al efecto  
la existencia bien probada  
de un santuario muy antiguo,  
media legua de Lebanza.

Fue esta una ilustre Abadía  
de monte y peñas cercada,  
con jurisdicción exenta,  
coto propio y buena casa;

La cual en el siglo XII  
otro conde mejorara,  
señor de grandes estados,  
que en Palentinos moraba;

Llamado Rodrigo Gustios,  
quien después de sus campañas  
victoriosas contra el moro,  
al fin allí se enterrara;

Lo mismo que su mujer  
y un hijo que le quedaba  
de tres que tuvo, y murió  
cuando aquel siglo espiraba.

Conservóse en la Abadía  
la regular observancia  
por muchos años, más hoy,  
se encuentra ya muy cambiada;

Pues, aunque mil privilegios  
nuestros reyes la otorgaran,  
de la destrucción moderna  
nada ha bastado a salvarla.

Carlos III a su costa  
cuidó de reedificarla  
mas se interrumpió su culto  
desde la atroz francesada.

Y luego cual cosa vil,  
pasando a manos extrañas,  
se vendió aquel lugar santo,  
do la Virgen se adoraba;

Y sus imágenes todas,  
viéndose tan solitarias  
procuraron refugiarse  
en las parroquias cercanas;

Quedando allí únicamente  
las tres tumbas veneradas,  
que profanadas se han visto  
por la codicia insensata.

Otra iglesia la condesa  
en Cantamuda fundara,  
dedicada al Salvador  
que en sus penas la ampara;

Y la cual para recuerdo  
de la ocurrencia pasada,  
mira con su triple ábside  
a la peña de Tremaya.

Pura y sublime es la fe,  
su arquitectura románica,  
que subsiste todavía,  
pero muy estropeada.

Glorias tuvo y mereció  
distinciones señaladas,  
que pródigos la otorgaron  
obispos, reyes y papas;

Contando entre sus pastores,  
para que más la ilustrara,  
al infante don Felipe,  
hijo del santo monarca;

Que al propio tiempo obtenía  
la dignidad elevada  
de arzobispo de Sevilla  
por su padre conquistada.

Aún este templo se ostenta  
luciendo su antigua fábrica;  
aún se conserva la iglesia,  
pero ya no es colegiata;

Que viéndola decadente,  
pobre y casi abandonada,  
suprimióla el Concordato,  
aunque de hecho ya lo estaba.

Allí descansan los restos  
de Doña Elvira la santa,  
mientras los del conde Munio  
no se sabe donde paran.

También se conserva el puente  
do cantara la criada,  
y allí está firme y soberbio  
para perpetua enseñanza.

Cantamuda alcanzó fueros  
y libertades muy amplias,  
que se les dio la condesa  
siendo de edad avanzada.

Llegó a convertirse en villa,  
y estuvo un tiempo en bonanza,  
y el obispo de Palencia,  
don Luis Cabeza de Vaca,

En el siglo XVI  
construyó el rollo en su plaza,  
como señal de que allí  
justicia se administraba;

Y no contento con eso,  
la dio por siempre sus armas,  
tomadas de su apellido,  
que en el rollo están grabadas.

Porque ya de tiempo atrás  
la Pernía disfrutaban  
los prelados palentinos,  
que en su condado gozaran.

También por aquel entonces  
fundó para más honrarla  
el hospital que en la villa  
de la Concepción llamaban,

El buen Diego Colmenares,  
que en la colegiata estaba  
de canónigo, mas hoy  
no queda de su obra nada.

Continuó así Cantamuda  
viviendo bajo la guarda  
del noble alcaide ordinario  
que el Diocesano nombraba;

Y cuya jurisdicción  
a Casavegas llegaba,  
quedando también Areños  
subordinado a su vara.

Otros tiempos más contrarios  
han venido a perturbarla  
en su adelanto y por eso  
perdió toda su importancia.

Además que los franceses,  
con fría y salvaje calma,  
durante gloriosa lucha  
prendieron fuego a las casas;

Aunque después los vecinos  
procuraron restaurarlas,

Y para que confiados  
en protección sobrehumana  
sepan morir si es preciso  
por su Dios y por su patria.

hay algunas todavía  
por el suelo derrumbadas.

\* \* \*

Esta es la veraz historia  
de Dña. Elvira la santa,  
que con el conde su esposo  
muchos pueblos gobernara.

Su recuerdo se conserva  
entre las verdes montañas  
de la Pernía, y en la noble  
Castillería su hermana;

Y en los montes y en las peñas,  
y del Pisuega en las aguas  
todavía se oye el eco  
que sus virtudes ensalza.

Yo a los pernianos cuento  
esta tradición sagrada,  
que recogí siendo niño  
de los labios de una anciana.

Que no la olviden quisiera;  
que a sus hijos la enseñaran,  
y que la moral que encierra  
en sus pechos inculcaran.

Para que jamás olviden  
los hijos de estas montañas  
que en su humildad y pobreza  
grandes tradiciones guardan;

Este romance, juntamente con "La Despoblación de Carracedo" y "Nuestra Señora del Viarce", fueron publicados por don Matías Barrio y Mier en un folleto, que está fechado en Verdeña, 29 de agosto de 1908. Los tres romances van precedidos de una advertencia preliminar, que dice textualmente: "Estos romances, o lo que sean, se publicaron por primera vez en el año de 1871; los dos primeros en hojas sueltas, en Vitoria, y el último (el de la Virgen de Viarce) en un librito en Madrid, seguido del apéndice, que también ahora le acompaña. Entonces se basaron principalmente en simples noticias populares, que después se han completado con más amplias



descripciones de sitios, objetos y costumbres, y con datos verdaderamente históricos, tomados de documentos y escritores fidedignos. Por este medio se ha aumentado el romance primero (el de “La Venganza del Conde”) casi en un doble, y el segundo (“La Despoblación de Carracedo”) bastante más, siendo muy pocas las variaciones que se han introducido en el tercero, en el cual ya desde el principio se tuvieron en cuenta tales antecedentes. En todos tres se ha procurado conservar en lo posible los modismos y locuciones propios del país; y cuando un mismo objeto es conocido con varios nombres, como sucede con frecuencia, se ha escogido aquel que ha parecido más adecuado, o el que determinaban las exigencias del verso. Para la descripción de los sitios y lugares se han tomado como punto de vista en el romance primero la Peña de Tremaya; en el segundo, las diversas localidades que en él se indican; y en el tercero, la Vinajera Grande”.

## II.—LA VIRGEN DE LA CALLE

Según está recogida por el cronista local, Garrachón Bengoa, la leyenda de la Virgen de la Calle, en prosa, suena así:

Existía un hombre malo, blasfemo, sin temor de Dios, que se dedicaba a cocer pan, y una noche de tormenta, estando enrojando el horno, un leño de encina se salía del fuego; insistió en hacerlo arder, y al ver que no lo conseguía, cogiólo por el extremo que no había estado en contacto con la lumbre y lo arrojó por la puerta del portalón donde tenía construido el horno, a la calle, pronunciando a la vez una terrible blasfemia. Al caer y chocar contra el suelo, húmedo por la lluvia, oyó el panadero un chasquido especial con un ruido extraordinario que le llenó de pavor, y cuando aún no había salido de su sorpresa, escuchó una voz de timbre dulce que dijo: “De la Calle me llamaré”.

Repuesto el incrédulo, salió a la puerta de casa, ya mediada la noche, y mirando a todos los sitios, no vio a nadie, y solamente en el suelo, como en medio de una especie de aureola brillante, percibió el tronco de leña que él había arrojado. Mudo por el terror, corrió al interior de la casa y despertando a su mujer y a una hija, les refirió lo ocu-

rrido, que creyeron, pues eran católicas y le reprendían constantemente; levantáronse del lecho, salieron a la calle y recogieron el tronco, el cual tenía abrasada una de las puntas; examináronle detenidamente y vieron que en su parte quemada aparecía perfectamente grabada en la madera la cara de una imagen. Tan pronto como amaneció, dieron cuenta del milagro a la autoridad eclesiástica, la cual instruyó el oportuno expediente, haciéndose cargo del trozo de leña que más tarde fue colocado al culto con el nombre de Nuestra Señora de la Calle (1).

El mismo Garrachón Bengoa nos ha dejado versificada la leyenda de Nuestra Señora de la Calle, bajo el título:

### LA MORENILLA

Calle de "San Bernardo"  
vieja hornacina,  
que ostenta de la Virgen  
pobre estatuilla.

Calle de nuestras calles  
"Mayor Antigua"  
En los oscuros cielos  
el rayo brilla.

Giérnese la tormenta  
cae la llovizna  
nada al rudo blasfemo  
le atemoriza.

Echa leña en el horno  
que pan cocía  
y arde chisporroteando  
que es maravilla.

Sólo un trozo le muestra  
su rebeldía,  
porque no quiere hacerse  
pronto ceniza,  
que de la curva boca  
ya se salía.

El, en que arda ese trozo  
terco se obstina;  
pero lograr su intento  
no conseguía.

Cógelo de un extremo,  
tanto le irrita  
que a la calle lo saca  
donde lo tira.

Mas de pronto un chasquido  
le pavoriza,  
mientras la voz dulce  
así decía:

Pues, a la calle me echas,  
me echas con ira,  
"De la Calle" la Virgen  
seré algún día.

El incrédulo tiembla,  
tiembla y medita;  
a nadie en torno suyo  
ve más que mira;  
Y el resplandor le ciega  
de aquella astilla,  
cuyo nimbo brillante  
le confundía.

Llama a su fiel esposa,  
llama a su hija,  
que la noche mediada  
duermen tranquilas.

Cuéntales lo ocurrido  
salen de prisa

1.—AMBROSTO GARRACHÓN BENGOA, *Palencia y su provincia*. Valladolid 1920, pp. 109-110.

y en la calle recogen  
lo que él decía:  
Un trocito de leña  
de roja encina,  
cuya punta abrasada  
se percibía:  
una imagen de ella  
tosca y divina,

de la Virgen del cielo  
Virgen Santísima.  
Desde entonces repiten  
cuantos la miran:  
¡La Virgen de la Calle.  
La Morenilla,  
que a la boca de un horno  
fue aparecida!

## b) *Etiologías político-geográficas*

### I.—LA DESPOBLACION DE CARRACEDO

— I —

En el valle de Pernía,  
que noble condado fuera,  
hubo un pueblo en otro tiempo,  
del que ya pocos se acuerdan.

Llamábase Carracedo,  
y en situación placentera  
entre oriente y sur miraba,  
resguardándole una cuesta;

Ante cuya falda corre  
con mansedumbre el Pisuerga,  
río sagrado para aquellos  
que hacia sus fuentes nacieran.

Y por encima atrevida  
una montaña se eleva:  
el Cueto de Polentinos  
que al sol poniente contempla.

Cuando después de alumbrarnos  
por el día, su carrera  
prosigue y luz a torrentes  
al otro hemisferio lleva.

Nunca fue un lugar muy grande,  
ni lo permitía la tierra,  
donde asentado se hallaba,  
que era en términos estrecha.

Con su terreno lindaban  
los de Estalaya y Verdeña,  
pueblos de Castillería,  
que el occidente le dejan.

Al norte está Cantamura:  
por el sur Vañes le cierra;  
y de esta suerte enclavado  
entre todos cuatro queda.

Dentro de un monte las casas  
se alzan junto a una iglesia  
dedicada a Santa Eulalia,  
que era su patrona excelsa.

Poblado estuvo y allí  
vivió un tiempo gente fiera,  
corta en número, es verdad  
mas en lides altanera.

Todavía se conservaba  
de este pueblo la existencia  
cuando en el siglo catorce  
famoso libro se hiciera.

En que todas las behetrías,  
que entonces Castilla encierra,  
en su lugar colocadas  
por merindades se asientan.

Carracedo en él figura  
de Don Tello so la enseña,  
que era infante, aunque bastardo,  
y grandes hechos cumpliera;

Y el cual también por entonces  
era señor de Verdeña  
y a quien por eso pagaban  
infursión y martiniega;

Dándose a la vez al rey  
sus servicios y monedas,  
pero nunca los yantares,  
ni tampoco fonsadera.

De Carracedo los hijos  
entre sí se consideran  
como hermanos, y en Pernía  
con todos en paz se llevan.

Activos y laboriosos  
siempre al trabajo se entregan  
y cuidan de sus ganados  
y cultivan bien sus tierras;

Y felices en sus montes,  
gozándose en sus praderas,  
nada de menos echaban  
aunque muy ricos no fueran.

— II —

Mas luego en vez de esta dicha,  
mostrose la suerte adversa,  
y aquel pequeño lugar  
sin habitantes se queda.

No conocemos la causa  
que para su fin hubiera,  
ni aún de estos sucesos  
sabemos fija la fecha;

Aunque debemos creer,  
fundados en ciencia cierta,  
que por el mil cuatrocientos  
tales hechos ocurrieran.

Puesto que en el siglo quince  
hay escritos que revelan,  
que sobre este despoblado  
había lites y pendencias.

Pero infaustamente un día  
su decadencia comienza,  
y poco a poco sus hijos  
abandonado lo dejan:

Unos por irse a otros pueblos  
a do el destino les lleva,  
y los más porque mortales  
pagan tributo a la tierra.

De este modo se reduce  
más cada vez esta aldea,  
y como niños no nacen,  
la gente no se renueva.

Hasta que llegó el momento  
(recordarle no quisiera)  
en que tan sólo quedó  
en todo el pueblo una vieja.

Yo por complacer a todos  
bien su nombre les dijera,  
mas habrán de perdonarme,  
que la historia no lo cuenta.

Tampoco sé si fue viuda,  
o si casada o soltera;  
pero lo que sí aseguro  
es que pasaba de ochenta;

Usando en las ocasiones  
corpiño y basquiña negra,  
refajo de colorcilla,  
blancas toscas y calcetas.

Con escarpines y albarcas;  
y de ordinario montera,  
dengue, justillo y calzorras,  
y una o dos sayas de mezcla.

Por los años agobiada,  
quebrantada de tristeza,  
en el pueblo abandonado  
solitaria se pasea.

Ve destruirse las casas,  
ve derrumbarse la iglesia,  
ve morirse los ganados,  
ve sin cultivo las tierras;

Y ella en tanto, siempre triste,  
devora amarga sus penas  
y en aislamiento y silencio  
sus horas se hacen eternas.

De la soledad cansada  
se decide al fin la vieja  
a dejar aquellos sitios,  
do pasó su edad primera.

Mas ¡ay! que su alma se parte  
cuando entre sí considera  
que jamás en aquel punto  
se alzará nueva vivienda.

¡Ay que se contrista mucho  
con las ruinas que allí deja;  
que entre escombros sepultada  
está su casa paterna!

¡Ay que su dolor es grande,  
pues de sus padres la huesa  
allí queda solitaria,  
hasta merced de las fieras!

¡Ay que nunca sus ojos  
volverán a ver la tierra,  
donde jugaba en su infancia  
con alegres compañeras!

Ni visitará los sitios  
en que a son de panderetas  
se divirtió cuando moza  
oyendo palabras tiernas.

¡Ay que sus restos mortales,  
cuando a la postre fallezcan,  
no reposarán al lado  
de los seres que quisiera!

— III —

Mucho duda, pero al cabo  
dominar logra su pena,  
y en fuerte palo apoyada  
se dirige hacia Verdeña;

Apenas el sol doraba  
la alta cumbre de las Sierras  
cuando salió, y es de noche  
cuando a su destino llega.

Y eso que no es gran distancia  
la que en el día anduviera  
pues aún contando por largo,  
no llegaba a media legua.

Mas los años y el cansancio  
de la vida, que la pesa,  
no la dejan caminar  
tan aprisa cual quisiera.

Además que muchas veces  
atrás la vista volviera  
a contemplar el terreno  
donde la infeliz naciera.

Pues no es de apartar sus ojos  
de aquellos montes que deja  
y a menudo se detiene,  
por verlos la vez postrera;

Llorando a lágrima viva  
sin cesar, porque se acuerda  
de aquel pueblo, que existió,  
y del cual ya nada queda.

Junto al prado del Esgovio  
pasa a través del Pisuerga,  
y en la ermita de Santa Ana  
con fe y desconsuelo reza.

A costa de gran esfuerzo  
va subiendo alta cuesta,  
y en extremo fatigada  
a las Concejadas llega.

Descansa luego allí un rato  
junto a donde se celebra  
de San Juan de los Vallejos  
la anual y rústica fiesta;

En que el casero que habita  
la Venta de la Morena,  
ofrece una convidada  
por los pastos y la leña,

No lejos de Vallabar,  
que antes poblado estuviera  
cual se ve en Monte las Casas,  
que restos de ellas conserva.

Dejando a un lado el corral  
do la cabaña se alberga,  
prosigue su triste ruta  
en la dirección primera;

Y pasando la Quintana,  
donde otras casas hubiera,  
por cerca de Peña Horcada  
sube al alto de la Cerra.

Allí se para de nuevo  
para mirar a Verdeña,  
cuyas casas apiñadas  
una humilde cruz rodean;

Estando bajo el amparo,  
la protección y defensa  
del Arcángel San Miguel,  
que es patrono de su iglesia.

Sigue por los Caminillos  
y después Matillalera;  
baja luego a Pozalgato  
y en el pueblo al fin penetra.

Ya se había ocultado el sol,  
y el negro manto tendiera  
ya la noche, y expirante  
llega allí la pobre vieja.

Recogidos los ganados,  
terminadas las faenas  
y en sus hogares las gentes  
como de costumbre cenan.

A nadie entonces se ve  
de las puertas para afuera,  
pues los mozos a rondar  
ni aún han salido siquiera.

La triste vieja cansada  
tímidamente contempla  
aquellas modestas casas  
y a la primera se acerca;

La cual, tan sólo entornados  
tiene el postigo y la puerta,  
conforme a la buena fe  
que en todo aquel pueblo reina.

Llegada allí se detiene  
en los umbrales la vieja  
y dando con su cayado  
hace sonar la madera.

Al fin oyen: presurosos  
bajan a ver; ella entra,  
cayéndose desmayada  
sin llegar a la escalera.

Las gentes caritativas  
a la cocina la llevan  
y la hacen volver en sí  
y en un camastro la acuestan.

Toma luego el alimento,  
que solícitos calientan:  
sosiégase poco a poco,  
y así aliviada queda.

Con cariño la trataban  
los que allí la recibieran,  
procurando consolarla  
en su aflicción y tristeza;

Que aunque pobre de fortuna  
es muy rica en obras buenas  
aquella gente cristiana,  
y hospitalidad dispensa.

— IV —

Tranquila mi vieja estaba  
en su nueva residencia,  
compartiendo bien el tiempo  
entre la casa y la iglesia;

Donde con fervor oraba,  
pidiendo quedar ilesa  
de los males y peligros  
que a la humanidad rodean.

Desde el Otero veía,  
de un lado, la gran pradera  
y sus múltiples retazos,  
que nombres variados llevan:

Como Prauvino, Cepada,  
Penillar, Rascón, sus Eras,  
El Quiñón, Jardín, Cuadrillos,  
y la Estacada o la Presa,  
El Sendero, Torrecilla,  
Estillero y So-la-Iglesia,  
con el Sahuco, Piconá,  
Campo-Loma, la Carrera;

Y a la otra parte, La Fuente  
de agua cristalina y fresca,  
que surge en dos manantiales  
de procedencia diversa.

Sus miradas abarcaban  
del Majadizo a la Cuesta,  
de Monte-la-Loma al Egido,  
la Linte, el Arroyo y Huertas,

A cuyo lado pasaba  
tan sólo una simple senda,  
por el camino que iba entonces  
por Pozalgato y la Cerra,

Juntándose al que hoy existe  
en la tierra de Cabeza,  
hasta la cual varias veces  
se paseara la vieja.

Más lejos ve el Monte Santo,  
por donde las lluvias llegan  
al pueblo y en cuya cima  
a San Cristóbal veneran.

Sin salir de su morada  
la Llosa al frente contempla,  
y por detrás todo el Valle,  
la Majadilla y las Eras,

Bardal, Baguedo y Collado,  
la Campona y las Lecheras,  
el Vallejuelo y la Mata,  
los Barriles y la Peña;

Al pie de la cual la Torca  
brota con mugiente fuerza  
cuando lluvias abundantes  
dan vida a su intermitencia.

En cierta ocasión decide  
caminar hacia la Dehesa,  
subiendo la Camperalta,  
y llegando hasta la Cuenca.

Vio al paso la Lomanilla,  
el Villar y su reguera,  
las Pradillas, Voltaruga,  
y Mata-Rozada espesa,

Devasas, Vallejalmonite,  
la Valleja, Torrejuela,  
los dos Guergos Oterillos,  
las Llamas, la Brazalera;

Sin contar Valdemejío,  
Peña Ceclín y sus laderas,  
las Quemadas y otros sitios  
de aquella intrincada selva.

Por el Revollo bajóse  
derecha a la Pozaleza,  
entre el puerto de la Sosa,  
Mata-Castillo y su almena;

Lindando con la Brincuada,  
el Gamonal y las tierras  
de la Cruz y Robanete  
y la intermedia Valleja.

Al frente vio las Lastrillas,  
Campos y Vallejaluenga  
del Avellanal, los Castros  
y toda Mata-Traviesa;

Y hacia el norte en semicírculo  
de grises y rojas peñas  
que acaba en los Montecillos  
y sobre el Calero empieza;

Dejando a Calaulobón  
en esa circunferencia,  
y el Hayedo de Tremaya  
hacia la parte de afuera;

Con las cuevas de las Grajas,  
Valsemana y sus camperas,  
donde a través del Portillo  
se va por estrecha senda.

Al volverse atravesó  
junto a Sobal de la Cueva,  
pasando por Zahoncha,  
Mata-el-Hoyo y Colobrera,

La Bárcena y Aragones  
y hacía la parte bajera  
el prado que en su recuerdo  
denominan de la Vieja.

Prescindiendo de Entre-Matas  
por la Matillas siguió,  
dejando a Carihorno y las Huertas  
y en el Pozueco penetra.

Allí se detiene un poco  
para mirar la Tejera,  
donde entonces trabajaban  
y camina a la Pradera;

Y atravesando el Arroyo  
y subiendo hasta la Era,  
se mete por la Cañada  
y a su posada regresa.

Otra vez como curiosa  
hasta Campuquillas fuera  
sólo por ver a Celada  
y a la extensión de su Sierra.

El Castro de las Mentiras  
bajó a contemplar de cerca  
y a la Mata Cahorcal  
su débil paso endereza;

Luego encontró en Valtuido  
la bueyada toda entera,  
que abreviar bajaba al río  
según la costumbre añeja.

Desde allí por los Aceros  
al fin de la Rasa llega.  
para ver de Sanfelices  
las casas y las afueras;

Regresando nuevamente  
a su habitual residencia  
por el Campo-Redondillo  
y la inmediata vereda.

Y aún ocurrió cierto día  
que hasta Cuañel descendiera,  
viendo del Campo las casas  
y del Salvador la iglesia.

— V —

Dentro del lugar mostrose  
resignada y satisfecha,  
recorriendo las cocinas,  
prodigando las sentencias.

En las solanas charlaba  
con las vecinas parleras,  
y acudiendo al mentirote  
recordaba sus tristezas.

Vio afanosas a las gentes  
en sus rústicas faenas,  
atendiendo a los ganados  
con solícita asistencia.

Vio ir las cabras a repasto  
y hacia la Sosa la hacienda,  
que por el Raso asomaba  
cuando a sestear volviera.

Vio venir las vecerías  
que por las tardes regresan;  
los corderos y los jatos,  
luego las cabras y ovejas;

Que en el camino Hondo alzaban  
al paso gran polvareda;  
concluyendo con las vacas  
y la cabaña y las yeguas.

Vio el concejo de vecinos,  
que el regidor presidiera,  
reunido a son de campana,  
y a la puerta de la iglesia;

Celebrando sus sesiones,  
que a veces disputas eran,  
y dando sus convidadas,  
y trabajando en las huebras.

Vio además pinar el mayo  
y a las populares fiestas,  
bodas, marzas, aguinaldos  
y las hilas bullangueras.

Vio rogativas y entierros,  
procesiones y novenas,  
los bailes al aire libre  
y cuentos en la Cuaresma;

Probó el paicete y vio aluches  
juegos de barra y bolera,  
el pite, chita y morrillo,  
la cardadora y las piedras.

Oyó cantar Padrenuestros  
a los chicos de la escuela,  
que otras veces rebuscaban  
nidos en las arboledas.

Presenció riñas de gallos  
y de toros las peleas,  
con el furor de los perros  
ante las dañinas fieras.

Vio a los mozos sorber natas,  
e invitada con frecuencia,  
asistió a las colostradas  
y a derretir las mantecas.

Vio correr los zamarrones  
hacia el Castro de Pineda,  
cerca del cual, en un roble  
anidaba la cigüeña.

Asimismo vio enramar  
al fin de la primavera,  
y hasta por broma algún chusco  
ramos verdes la pusiera.

En sus tiempos oportunos  
gustó endrinas, amajuelas,  
amiérganos, aguvillas,  
hayucos, arraspaneras,

Avellanas, montesinas,  
petrucos, moras, frambuesas,  
calambretos, abellotas,  
amillomas y cerezas,

Prunos, perujos, maillas,  
amostajas y mijuelas,  
y manzanucas enanas,  
yajuérjanos de las tierras,

Tallos, chufas, lecherinas,  
cornicabras, conejuelas,  
borrajas y regaliz  
con otras frutas y hierbas;

Probando el cuartal de Campos  
y la miel de las colmenas  
y el genite que la dieron  
los pastores de borregas;

Cuyas majadas estaban  
en la Sosa y en la Peña,  
teniendo la ropería  
dentro del mismo Verdeña;

Recogió flor de saúco,  
malvas, ruda, hierbabuena,  
orégano, manzanillas,  
lirios del monte y violetas;

Liras, lirones, claveles,  
margaritas, madreSelva,  
amarillos pensamientos,  
campanillas, trébol y mielgas;

Con capachos y margazas,  
achicorias, corriyuelas,  
helechos y gamonitas,  
tomillo y adormideras.

Escuchó a los jilguerillos  
que los contornos alegran;  
oyendo el grito del cárabo  
en las noches placenteras.

Vio a los osados pardales  
entre las aves caseras,  
con las grises rabilargas,  
cabezones y sapiegas.

Vio arrentajos, abubillas,  
cucos y pimentoneras,  
verdesinas nevadoras,  
aguanieves, carboneras,



Ruipericos, chuchuvias,  
parduscas y correnderas,  
escribidoras, vencejos,  
golondrinas y riacheras,

Tordos, mirlos y malvises,  
chota-cabras, sotorreras,  
tojerines, picas verdes,  
encarnadas y rateras;

Lindas palomas torcaces  
y algún faisán de las sierras,  
perdices grandes, pardillas,  
y codornices viajeras,

Cuervos, grajos, gavilanes,  
milanos, buitres de afuera,  
quebrantahuesos, azores,  
y aún águilas altaneras.

A todo estuvo presente,  
viendo recoger la hierba,  
majar y espadar el lino,  
labrar y segar las tierras.

Trillar las mieses, llevando  
los granos a las paneras,  
que en forma de hórreos estaban  
cercanas a las viviendas.

Algo ayudó en el verano  
a las campestres faenas  
y a su fin pisó con rabia  
las tristes quitameriendas.

— VI —

Así vivió cierto tiempo  
muy consolada la vieja,  
hasta que llegó a cansarse  
del sustento que tuviera.

Por mañana y noche sopas  
de centeno en su cazuela,  
con un poco de sustancia,  
si es que santas no se quedan;

A veces algún torrezno  
y a las doce sus arvejas,  
blancas, pardas o moritas,  
según mejor las hubiera.

Con algunas hortalizas,  
que entonces escasas eran,  
y otras verduras del campo,  
como cardillos y acelgas.

Esto la daban sus amos  
con excelentes maneras,  
y aún otras cosas mejores,  
si las tuviesen, le dieran.

Mas no les era posible  
a causa de su pobreza,  
y ya demasiado hacían  
con cuidarla y mantenerla.

Ella acostumbrada estaba  
a gozar de mejor mesa  
porque allá en su Carracedo  
bien acomodada era.

Por esta razón sin duda,  
y no encontrando en Verdeña  
quien mejores alimentos  
gratuitamente ofreciera,

Una mañana temprano  
antes que nadie la viera,  
se desliza valle abajo,  
dejando el camino y senda.

Pasa por el Molinillo,  
los Pasajes atraviesa,  
con el Prado de la Lámpara  
y a Huguero y Subriezo llega;

Sin detenerse a mirar  
el roble, do se congrega  
el concejo de Estalaya  
en unión de el de Verdeña;

Prosigue y los Corrales  
deja hacia su mano izquierda  
y a la Mata-Sarrangada  
por la parte de la diestra;

Y cortando allí el terreno,  
porque su marcha es incierta  
sin entrar en la Desilla,  
a los cerezales trepa.

Llega a Estalaya y allí  
posada todos la niegan;  
y no por mal corazón,  
sino porque al verla tiemblan;

Pues algo supersticiosos,  
notando que era tan vieja,  
y al contemplar su semblante  
consumido de tristeza;

Sin duda aquellos creyeron  
con sencillez e inocencia  
que algún mal les resultara  
si a la vieja recibieran.

Por eso ella su camino  
sigue andando, aunque con pena,  
y sola y débil, el río  
por Campo-Vegas vadea;

Pasando cerca de un prado,  
que se llama de la Reina,  
en recuerdo de la ilustre  
dama Dña. Berenguela;

Que con su hijo el rey santo  
allí persiguiendo fuera  
el audaz conde don Alvaro,  
que fue preso en Herreruela.

Mirando a Santa Lucía  
a las Calarizas llega,  
frente a Vañes, donde a veces  
los plebeyos se congregan.

De treinta y ocho lugares  
dependientes de Cervera,  
guardando allí sus archivos,  
que aún están en la iglesia.

Agobiada de cansancio,  
sigue marchando la vieja  
y suda aunque sopla el cierzo  
y en el Vallejón jadea.

A Rabanal ve después,  
que los nobles escogieran  
para celebrar sus juntas  
y dirimir sus contiendas;

Si bien corriendo los años  
al fin todos se reunieron  
bajo el feudal señorío  
de los Condes de Siruela.

Marchando percibe entre otros  
el valle de la Pisuerga  
y más lejos el Cadéramo,  
que la impide ver la Ojeda;

Del Tremedal ve las Matas  
por cerca de Peñas Negras,  
donde no hace muchos siglos  
un pequeño pueblo hubiera,

Situado al pie de un castillo  
muy famosos en esta tierra,  
y del cual ya ni señales  
ni apenas recuerdos quedan.

Luego divisa Arvejal,  
que de muy antiguo era  
patrimonio sanjuanista,  
y del Ordinario exenta.

Más allá se extiende el valle  
de San Martín y sus tierras,  
limitando el horizonte  
por una gran cordillera;

En que se ve el Pico Almonga,  
y a su derecha la Sierra  
del Brezo, Peña Redonda,  
y de Tosande las breñas.

Continuando su jornada  
baja despacio la vega,  
pasa el puente de San Roque  
y entra por fin en Cervera.

— VII —

Nunca había estado en la villa  
hasta entonces la viajera,  
así es que quedó asombrada  
al verse en las calles de ella.

Inmensas le parecían,  
y como era día de feria,  
gran ruido y animación  
notábase por doquiera;

Pues aunque cuando llegó  
reinaban ya las estrellas  
tadavía algunas gentes  
andaban por las tabernas;

Que ya por aquellos tiempos  
muchas y nombradas eran,  
dando a veces ocasión  
a camorras y pendencies.

Esto le dolió en extremo,  
conociendo cual discreta  
que allí faltaba el sosiego  
y la paz de las aldeas.

Largo tiempo anduvo errante  
y atontecida la vieja,  
sin saber donde acudir,  
sin acertar a estar quieta;

Invocando sin cesar  
con devoción muy sincera  
a la Virgen del Castillo,  
que en su iglesia se venera;

Desde que su santa imagen  
que con cuidado escondieran,  
por un pastor diligente  
fue descubierta en su cueva.

Por fin después de aburrirse  
y de dar doscientas vueltas,  
pasada la media noche  
a una casita se acerca.

A la inmediación estaba  
de la primitiva venta,  
que dio su nombre a la villa  
o quizá fue origen de ella.

Llamó toda temblorosa  
y después de buena espera  
tuvo la suerte feliz  
de que la abrieran la puerta.

Explicó luego el motivo  
que la llevaba a Cervera  
y con ciertas condiciones  
hospedada allí se queda.

Enterada la Justicia,  
mandó que éstas se cumplieran,  
porque así los convenía  
para sus miras de herencia;

Siendo preciso advertir  
que la susodicha vieja  
de Carracedo y sus campos  
era la única dueña;

Pues, como de los vecinos  
que antes en el pueblo hubiera,  
ella sola había quedado,  
todo radicaba en ella;

Porque entonces la nación  
absorbente aún no era,  
y los pueblos en sus cosas  
gozaban de independencia.

Este interés les guiaba  
a las gentes de Cervera,  
para procurar solícitos  
tener contenta a la vieja;

Y en eso se distinguían  
de los pobres de Verdeña  
que cuando la recogieron  
por amor de Dios lo hicieron.

— VIII —

Ya su peregrinación  
cumplida sobre el planeta,  
al poco tiempo murió  
de Carracedo la dueña.

Hay quien dice que el veneno  
puso fin a su existencia,  
suministrado sin duda  
por algún alma perversa,

Para lograr deshacerse  
prontamente de la vieja,  
que diariamente comía  
toda una gallina entera.

No es fácil averiguar  
lo que de cierto ocurriera,  
pero el resultado fue  
que llegó su hora postrera.

Memando como cristiana  
sus deberes de conciencia,  
confesose y comulgó  
antes que su fin viniera.

Y también para arreglar  
los asuntos de esta tierra,  
ante un escribano expuso  
su voluntad postrimera.

Otorgó, pues, testamento  
estando ya muy enferma  
con toda solemnidad  
para que válido fuera.

En él, dejó a aquella villa  
cuanto Carracedo encierra,  
excepto un pobre molino  
que legó a los de Verdeña.

Esta no era su intención  
porque si ella libre fuera,  
no todo lo hubiese dado  
a la villa de Cervera;

Pero los que allí abusaron  
de su languidez extrema,  
y la indujeron a obrar  
de otro modo cual quisiera.

No dejó nada a Estalaya,  
castigando su torpeza  
de cuando la rechazaron  
al llamar allá a sus puertas.

Así la vieja dispuso  
de todo lo que tuviera,  
y hasta en nuestros propios días  
su voluntad se respeta.

Desde entonces Carracedo  
sólo por siempre se queda,  
y no han vuelto a visitarle  
ni siquiera las cigüeñas.

Y aunque vida momentánea  
sus minas le concedieran  
ya únicamente allí va  
la cabaña de Cervera.

O si pudiesen los ganados  
de los pueblos, que le cercan,  
ansiosos de aprovechar  
su fina y abundante hierba.

Y en vez del ruido que había,  
cuando las gentes vivieran  
ya sólo en aquel recinto  
sepulcral silencio reina;

Aquí la historia concluye,  
que contar me propusiera,  
y en ella puede aprenderse  
lo que es la humana miseria.

Apenas interrumpido  
por los cencerros que suscan  
o por la voz del vaquero,  
que las novillas arrea.

Bien se conoce aún el sitio,  
do las casas estuvieran  
y fuera de él todavía  
algunos recuerdos quedan.

A Estalaya trasladaron  
las campanas de su iglesia,  
la pila de agua bendita  
parece ser que a Verdeña.

Como ya está dicho, este romance, juntamente con el de "La Venganza del Conde", y "Nuestra Señora de Viarce", fueron reelaborados y publicados por don Matías Barrio y Mier en 1908. Concretamente, en éste de "La Despoblación de Carracedo", se nota mucha la mano de don Matías, que era natural de Verdeña. De ahí las larguísimas digresiones sobre la toponimia, las costumbres y la vida de Verdeña en general. Con ello, el romance pierde su sabor antiguo y resulta excesivamente recargado.

## II—LAS DOS VIEJAS

Allá por los años mil  
años de luchas y guerras,  
cuando nuestros españoles  
contra los moros pelean,  
cuando con sangre y valor  
tejen la gran epopeya,  
la reconquista de España  
que a nuestra patria libera,  
es cuando aquellos guerreros  
que sangre española llevan,  
comienzan a repoblar  
estos montes y estas sierras.

Parece ser que los vascos  
con otras gentes norteñas

fuesen quizá los primeros  
que aquí plantaran sus tiendas,  
siendo también presumible  
que en estas fragosas sierras  
fuese sí el pastoreo  
su ocupación predilecta.

Y de esta manera surgen  
Riocavado con Pineda,  
límitrofes pueblecitos  
que pacíficos vivieran,  
mas como en aquel entonces  
los linderos no existieran,  
pronto, acerca del terreno,  
fuertes disputas tuvieron,

disputas que terminaron cuando en solemne asamblea a un acuerdo ya llegaron los pueblos de referencia.

Como no había relojes ni tampoco carreteras e ir en coches o trenes soñar con la luna fuera, se recurrió a efectuarlo de esta sencilla manera: Cuando en la noche los gallos cantaran por vez primera, al punto de cada pueblo debían salir dos viejas y allí donde se encontrasen los mojones se pusieran.

Sí, ya cantó nuestro gallo, la vieja ya está dispuesta, arrebujada en su manto sale sin miedo, resuelta, va mascullando oraciones por la suerte de la empresa, y aunque menuda y flacucha de lo lindo taconeá, quiere mostrar su salero cual fina riocavadeña.

¡Vedla salir por Regute ya Cabezuelo atraviesa, Paso Malo, Don Zaballa también por suyos les cuenta, sigue sin temer la noche ni el rugido de las ficras, al llegar a Panicabras junto al regato refresca, se laza las zapatillas y entre canchales y breñas corona el Puerto Manquillo envuelto en brumas de sierras.

Se tira ya por la Sierpe y el Valle de las Colmenas y avanza hasta Las Ermitas donde un río, ¡mala estrella! la corta el paso con saña y triste llora de pena, tira el manto al otro lado en alarde de fineza, es el preciso momento que llega la de Pineda, saludándose corteses como buenas compañeras.

¿Cómo ha sido que tan lejos ha ido la riocavadeña, en cambio tan poco ha andado la vieja del de Pineda? Yo la verdad, no lo sé, la leyenda así lo cuenta: que si la de Riocavado más astuta por más vieja, formó no sé qué potingue con guindillas de las buenas, dicen que al gallo le untó de manera tan artera que éste cantó primero y así salió primero ella, cosa que no discurrió la inocente de Pineda, pues ésta le emborrachó natural que se durmiera, y... claro, cantó más tarde, y tarde salió la vieja; y ved ya bien explicado la tan desigual carrera y también este romance, romance de "Las Dos Viejas".

Este romance, que recoge una típica leyenda etiológica de carácter político-geográfico, me lo proporcionó don Virgilio Martín, Cura Párraco de Barbadillo de Herreros, un pueblo inmediato a Riocavado y Pineda, los protagonistas de la leyenda.

c) *Etiologías culturales*

## I.—FUNDACION DE LA CATEDRAL DE PALENCIA

He aquí cómo refiere Don Alonso Fernández de Madrid en la *Silva Palentina*, vol. I, pp. 113-114, la tradición referente a la fundación de la Catedral de Palencia:

Como quiera que sea, si damos fe a la crónica de Don Rodrigo de Navarra, arzobispo de Toledo, que es de mucha autoridad en las cosas de España, no hay duda sino que el año del Señor de 1017, poco más o menos, estaba esta ciudad desierta y hecha un bosque. Y la manera de su reedificación, según escribe el dicho arzobispo en el libro de su Crónica, capítulo VI, fue así: que el rey Don Sancho de Navarra, que fue el primero que se llamó rey de Castilla, por haber casado con Dña. Elvira, (o Doña Mayor), señora de Castilla, hija del infante Don García, andando a monte por esta tierra, y dice la crónica que “in civitate olim nobili nunc deserta quae palencia vocabatur”, yendo en seguimiento de un jabalí, llegó hasta una cueva donde el jabalí se le encerró, la cual era a manera de iglesia de bóveda cabada en peña, y en ella había rastro de altares antiguos, y como el rey entrase allí tras el jabalí y le quisiese herir con la lanza, súbitamente se le pasmó el brazo de manera que no pudo aprovecharse de él; conoció el rey que aquello no era sin algún misterio y, puesto en oración, suplicó a nuestro Señor por su salud y por la declaración de aquella novedad que en sí veía; dicen que en la misma cueva se le apareció nuestro glorioso patrón el mártir San Antolín, y le dijo que aquello le había venido por haber entrado sin acatamiento a derramar sangre en aquel lugar sagrado, donde muchas veces se había celebrado la Misa; el rey arrepentido de lo que había hecho, pidió a Dios perdón y prometió edificar sobre aquella cueva una solemne iglesia donde se diesen loores a Dios y su santo mártir fuese honrado, y así fue sano de aquella enfermedad; y luego se comenzó a hacer sobre la misma cueva esta iglesia.

El editor de la Silva Palentina, don Matías Vielva Ramos, en el citado vol. I, p. 118, nota 1, dice lo siguiente sobre la leyenda de la reedificación de Palencia y de la Catedral:

Esta sencilla tradición hubo de transmitirse oralmente entre los nuevos habitantes de Palencia por espacio de 150 años aproximadamente, que es el tiempo que media entre el misterioso suceso de la cueva y el pontificado de don Rodrigo Jiménez de Rada (1208-1245), primer escritor de quien tenemos noticia que la consignara en su Crónica. Hacia 1470 la refiere en muy semejantes palabras nuestro obispo don Rodrigo Sánchez de Arévalo en su historia llamada palentina, pág. 170. Posteriormente, la repite el P. Mariana en el libro 8.º, cap. XIII, De Rebus Hispaniae. Y en los comienzos del s. XVI se atestigua plásticamente en los hermosos relieves que exornan la entrada de la actual cripta, antigua cueva de S. Antolín.

Versificada por don Rafael Faustino Sanz de Diego y bajo el título "EL JABALI DEL REY SANCHO", la leyenda de la fundación de la catedral de Palencia, dice así (2):

Andaba cazando el rey  
Sancho, el Mayor de Navarra  
con sus bravos montañeses,  
por las tierras castellanas,  
cuando allá, cabe el Carrión,  
río de históricas aguas,  
vio un jabalí, que iba herido  
y a punto se desengraba.

Picó Sancho en los ijares  
al caballo que montaba  
y lanzado a la carrera  
con furia, tras de la caza,  
llegó hasta orillas de un bosque  
persiguiendo a la alimaña.

¡Cien leyendas de tal bosque  
traía en boca la fama!,  
que por ser dichos de asombro  
y dar espanto a las almas,  
nadie de allí a luengos años  
se atrevió a poner la planta.

Metida en un laberinto  
de espinos, brezos y matas,  
guardaba el bosque una cueva  
bajo su suelo cavada,  
donde a impulsos del instinto,  
tan comunes en su raza,  
buscó refugio la fiera,  
y en su abrupta rinconada  
fue a ocultarse recelosa  
de las iras del monarca.

Saltando jaras y encinas,  
lindes, arroyos y charcas,  
llegaba el rey a la cueva  
en su porfía enconada.  
Bajó ligero el rey Sancho  
del caballo que montaba  
y poniendo pie en el bosque,  
ató el ronzal a una rama.

Dispuso el arco y la flecha,  
y apartando la maraña,

2.—Este romance de Sanz de Diego, juntamente con el de "La Morenilla", me lo proporcionó mi amigo Pepe Díez.

se abrió paso temerario  
en la cueva solitaria.

Dábanle luz los reflejos,  
que el sol adentro mandaba,  
y divisó al persiguido  
jabalí tras de una estatua.  
Alzó el arco para herirle,  
y al ir a hacer la descarga,  
sintió enervado su brazo  
por una gran fuerza extraña.

Con miedo y estremecido  
lleno de espanto y alarma  
el rey postrado de hinojos  
con voz trémula exclamaba:  
¡Oh Dios, perdona mi falta!  
y por el santo bendito  
de quien es aquesta estatua,  
suelta el dolor de mi brazo,  
que me oprime y amenaza;  
que yo prometo erigirte  
aquí mismo una morada  
con el título del santo  
a quien ofende mi audacia.

Calló el rey, y el Cielo al punto  
le despachó la plegaria;  
que dio libertad al brazo  
la fuerza que le apresara,  
y corrió por él la sangre  
y movió con él su arma.  
El rey Sancho agradecido  
renovó al Dios su palabra,  
y ordenó que aquel milagro  
le divulgara la fama.

Quiso saber de aquel bosque  
las tradiciones sagradas,  
y un cazador, fijodalgo  
de la tierra castellana,  
le dijo ser estas ruinas

de un pueblo de estirpe clara,  
que perdió vidas y haciendas  
en heroicas jornadas;  
que sobre la cueva oscura  
el templo de Dios se alzaba,  
donde rendían su culto  
los hijos de la comarca,  
invocando por patrono  
a San Antolín, sus almas;  
y de este mártir preclaro  
le dijo que era la estatua,  
que en aquella misma hora,  
que al jabalí cobijaba,  
sentir al rey Sancho hacia  
la justicia de su causa,  
mandándole que a su nombre  
un templo se edificara.

Dijo el cazador; y luego  
el rey Sancho de Navarra,  
doblando fiel la rodilla,  
juró cumplir su palabra.  
Besó aquella tierra inculta  
con reverencia cristiana,  
y su séquito en silencio  
de rodillas le imitaba;  
que el ejemplo de los reyes  
mueve, convence y arrastra.

Cinco lustros, no más tarde,  
surgió de sus ruinas santas  
el templo que prometiera  
Sancho el Mayor de Navarra.  
¡Oh Catedral, joya rica,  
ornato y gloria de España!  
¡Casa madre de Palencia...!  
¡Pieza en Castilla cobrada  
en la regia cacería  
de Don Sancho de Navarra...!



## II.—FUNDACION DE SAN PEDRO DE ARLANZA

He aquí un resumen de lo que el monje de Arlanza dice en su poema de mediados del s. XIII sobre la fundación de su monasterio por el conde Fernán González:

Un día salió Fernán González de caza e internándose en la selva espesa de Vasquevanas, descubrió la presencia de un jabalí; impetuoso como era, echó a correr detrás de él, la fiera descendió hacia el río, logrando meterse en una cueva que se abría en una roca cercana. El conde saltó del caballo y siguió tras ella, quedando estupefacto al ver que aquella gruta era un santuario, servido por tres ermitaños que, según se supo después, se llamaban Pelayo, Arsenio y Silvano. El joven, olvidando su presa, cayó de rodillas ante el altar. Uno de los ermitaños interrumpió su oración. Pronto se hicieron amigos. Comieron juntos, rezaron juntos, durmieron sobre la dura tierra; y al día siguiente cuando los primeros rayos del sol penetraban por las rendijas de la gruta y el cazador se disponía a salir, el más viejo de los solitarios le hizo este vaticinio:

Farás grandes batallas en la gente descreída,  
muchas serán las gentes que quitarás la vida,  
cobrarás de la tierra una buena partida,  
la sangre de los reves por tí será vertida.

No quiero más decirte de toda andanza,  
será por todo el mundo temida la tu lanza,  
cuanto que yo te digo tenlo por seguridad,  
dos veces serás preso; créeme sin dudanza.

Como respuesta a estos vaticinios tan halagüeños que le hace el religioso, Fernán González le declara que si vence a los moros, construirá allí una iglesia dedicada a S. Pedro y que se enterrará en ella:

Si Dios aquesta lid me dexa arrancar,  
quiero todo el mio quinto a este lugar dar;  
demás, cuando muriere, aquí me soterrar,  
que mejore por mí siempre este lugar.

Faré otra iglesia de más fuerte cimiento,  
 faré dentro de ella el mio soterramiento,  
 daré y dónde vivan de monges más de ciento,  
 sirvan todos a Dios, fagan su mandamiento.

### III.—SANTA MARIA LA REAL DE NAJERA

Nájera, de la provincia de Logroño, fue la segunda corte del reino de Navarra. Allí tenía Sancho el Mayor un palacio-castillo. Según está recogida por la Enciclopedia Espasa, la tradición sobre la fundación del monasterio de Santa María la Real de Nájera, suena así:

La fundación de este monasterio va unida a un episodio de cetrería muy repetido en la edad media. El rey don García VI de Navarra, persiguiendo a una perdiz un día del año 1044, penetró en una cueva, en la que halló peregrina imagen de la Virgen y transportado de devoción, fundó el monasterio, que entregó a Cluny. (Espasa en la palabra "Nájera").

### IV.—NUESTRA SEÑORA DE VIARCE

— I —

En término de Redondo,  
 escondido en la Pernía,  
 hay un sitio placentero,  
 cuya belleza cautiva.

Es el valle que en conjunto  
 de Viarce se denomina,  
 por más que visto en detalle,  
 varios nombres se le aplican.

Sus aguas van al Pisuerga,  
 y junto a él escondida  
 está le dehesa del Ponzó,  
 que por el sur le limita;

Apoyándose en la peña  
 fuerte, escarpada y altiva,  
 que impide al pueblo contemple  
 del sol la augusta salida.

Alzarse allí a la derecha,  
 yendo del Barrio de Arriba,  
 las blancas Peñas del Moro,  
 cual dos castillos erguidas.

Más allá están las Canales;  
 luego el Castro de las mismas;  
 luego está Allende la Cuenca,  
 y una roca por encima,

Que es la Cascajal del Oso  
y después y más arriba  
la Verdiana y su Valleja,  
donde borregas había.

A continuación, los Quindios,  
con la Cuenca, su vecina  
y allá en el fondo del Viarce  
la Majada está a la vista;

Donde en verano pastaban  
centenares de merinas,  
que ya van perdiendo mucho  
la estimación que tenían.

Por debajo está la cueva  
que asimismo denominan  
de Viarce, siendo a la vez  
fuente de agua cristalina.

Sigue la peña del Aguila,  
que a los Cirbunales mira,  
llamada así porque en ella  
fuertes águilas anidan.

Está luego la Valleja  
de la Trapa, y por encima  
se ve de Tegéo la Peña  
que a las de Viarce domina,

Por el lado de la izquierda,  
siguiendo la misma vía,  
sin mencionar a Ruviarce  
la Lomba es la primerita.

La porción que de este monte,  
hacia el vallecito mira,  
llamar suelen la Pedrosa  
y luego están las Llanillas,

Por las cuales baja el agua  
de una humilde fuentecilla,  
que en el Milanillo nace,  
y del Lobo la apellidan.

Siguen luego las Traviesas;  
y si levantas la vista,  
en la Sierra de Celada  
Castros Colorados miras.

De todo el valle en el medio  
entre Allende y las Llanillas,  
se ve el sitio de las Eras,  
do dicen que un pueblo había;

Pero ha de hacer muchos años,  
pues ya rastros ni reliquias  
no se advierten, ni del mismo  
recuerdos hay ni noticias.

El valle es fresco y alegre,  
y a visitarle convida  
su hermosura y el follaje  
que el haya abundante cria.

Vése también esmaltado  
de variadas florecillas,  
formando el monte y las peñas  
agradable perspectiva.

Es agreste y solitario;  
y al entrar en él la vista  
se complace, al par que el alma  
conmovida se extasía.

Retirado está y oculto;  
más para pasar la vida,  
mejor no puede encontrarlo  
el alma contemplativa.

Allí no turban la paz  
del que escondido medita,  
los ruidos y las pasiones  
en que los hombres se agitan.

Allí, lejos del bullicio  
de la mundanal orgía,  
es fácil vivir en gracia,  
para conseguir la dicha.

Este es, pues, el sito ignoto,  
cuya historia peregrina,  
invocando antes a Dios  
voy a contar en seguida.

## — II —

En las mencionadas Eras,  
cerca de la Calarcita,  
por las hayas sombreada,  
vése clara fuentecilla,

Que aunque humilde en apariencia,  
y cual modesta, escondida,  
una vez fue visitada  
por Nuestra Madre María;

Caso que se realizó  
hace muchísimos días,  
pero en tales circunstancias  
que las gentes no lo olvidan.

El papa Juan XXII  
la Iglesia de Dios regía  
y Alonso Onceno reinaba  
en el trono de Castilla.

Con esto queda indicado  
de una manera precisa,  
que el primer tercio del siglo  
decimocuarto corría.

. Era una bella mañana  
de un hermosísimo día  
a la conclusión de mayo,  
mes dedicado a María.

El cielo su azul ostenta  
sin sombras ni nubecillas,  
y radiante el sol alumbraba  
sin molestar todavía.

Cubierto de verde alfombra,  
llena de mil florecillas,  
aquel risueño paisaje  
presenta una hermosa vista;

Y el ambiente embalsamado  
deja aspirar con delicia  
los aromas que se exhalan  
de las hierbas odoríficas.

Tranquilo está todo el Viarce,  
mecido por suave brisa,  
sin que se oiga ni aún el paso  
de la corza fugitiva.

Solo turban el silencio  
de aquel magnífico día  
el arroyo que murmura  
y las tiernas avecillas,

Que cantan amor y quejas  
entre el follaje escondidas;  
siendo los siete colores  
los que el concierto armonizan.

Algunas vacas se ven  
por monte y valle esparcidas,  
buscando la verde hierba  
con muy notable codicia.

Y es que durante el invierno  
en el establo metidas  
se han visto y por eso ahora  
con ansia libres respiran.

Un hombre joven aún  
hacia las Eras camina;  
su traje es raro y a fe  
que en el país no se estila;

Su cara se ve tostada  
por el sol del mediodía;  
barba oscura, ojos muy negros,  
postura fiera y altiva.

No hay duda, es un musulmán  
nacido allá en las campiñas  
del andaluz cuando menos,  
o quizá en la Berbería.

¿Que hará en tierra de cristianos  
entre gentes enemigas,  
aquel hijo del Islam  
que por el valle camina?

Es que ha quedado cautivo  
después de sangrienta lidia,  
en la cual logró rendirle  
cierto noble de Pernía.

Es que por esta razón  
aquellas vacas que mira,  
de guardar está encargado  
contra las fieras dañinas.

¡Pobre moro! triste a veces  
llora al ver pasar la vida  
tantas leguas apartado  
de la hermosa Andalucía.

Su nombre ignoro y con él  
su clase, hacienda y familia,  
pero sé que un corazón  
noble y honrado tenía;

Que también entre los moros  
aunque de la ley divina  
alejados viven, hay  
gentes puras y sencillas.

Iba, pues, el buen muslim  
caminando muy aprisa,  
cuando oyó mugir un toro,  
y fue a darle para arriba;

Pues como lejos estaba  
de las vacas y novillas,  
para que no se perdiese  
cargarle convenía.

Y al paso fue a beber agua  
en la clara fuentequilla,  
sin sospechar el prodigio  
que muy pronto se obraría.

— III —

Junto a la fuente llegó  
el moro cuando ¡Oh delicia!  
se le aparece de pronto  
la siempre Virgen María.

Cercada de resplandores,  
aunque en actitud sencilla,  
y vagando por sus labios  
una maternal sonrisa.

Imposible es describir  
tanta belleza reunida  
ni expresar cómo en sus ojos  
la bondad resplandecía.

Asombrado quedó el moro  
al ver lo que le ocurría;  
quiso andar sin conseguirlo;  
quiso hablar y enmudecía.

Transportado, el Paraíso  
parecióle que veía,  
a los pies de la sultana  
de las huris prometidas,

Por el falsario Mahoma  
en su religión mentida,  
a los que siendo muslines,  
buenos creyentes morían.

Pero no, que la pureza  
resplandeciente en María,  
y el aire aquel sobrehumano  
que en ella el moro advertía,

Le dieron a conocer  
a la Madre bendecida,  
a quien sus piadosos amos  
invocaban cada día;

Por lo cual cayó de hinojos,  
con el alma conmovida,  
ante la excelsa Señora,  
que así se le aparecía.

En esto ve que la Virgen  
con voz del cielo venida  
y señalando unas peñas  
que allí cerva se veían:

¡Oye! le dice, si tienes  
sed cual parece, a extinguirla  
vete, y apágala al punto  
en aquella fuentecilla,

Que hay en la peña más baja  
de las dos que al frente miras,  
en el fondo de una cueva  
silenciosa y escondida.

Vuelve después a la casa  
de tus amos, y en seguida  
marcha a Roma, porque intento  
que allí el bautismo recibas;

Y que luego que regreses,  
aquí en estas cercanías  
me tributes honra y culto  
con otros en compañía;

Pues así quiero premiarte  
por tus costumbres sencillas,  
y así quiero honrar también  
a esta tierra de Pernia.

Esto dijo y dispuso  
aquella visión divina  
dejando aturdido al moro,  
que allí se está de rodillas,

Sin acertar a alejarse  
de la humilde fuentecilla,  
que de entonces hasta hoy  
de la Virgen se apellida;

Así como al propio tiempo  
del moro se denominan  
aquellas famosas peñas  
que le señaló María.

Poco a poco se calmó;  
y al meditar en seguida  
sobre lo que antes oyera,  
su fe en Mahoma vacila,

Y la luz de la verdad,  
de que hasta entonces huía,  
siente que en su alma penetra,  
no muy clara todavía;

Comenzando a comprender,  
cual sus amos le decían,  
que el Korán y sus sentencias  
son una pura falsía,

Y que sólo existe un Dios  
con tres personas distintas,  
que creó el cielo y la tierra,  
sin más que decir un Fiat;

Y el cual, siendo Omnipotente  
y su bondad infinita,  
por redimir a los hombres  
encarnó y perdió la vida.

Este es aquel mismo  
que a los cristianos anima  
con santo fuego y les hace  
que triunfen de la morisma;

Para lanzarla del suelo  
de aquesta España querida,  
que en ocho siglos ganó  
lo que perdiera en un día.

## — IV —

Obediente el pobre moro  
a la Peña se encamina  
donde le dijo la Virgen  
que estaba la fuentecilla.

Llega allá y algún trabajo  
en la cueva reducida  
le cuesta entrar, mas consigue  
ver cosa jamás oida.

Era un fuente al revés  
de las demás conocidas,  
pues ésta mana hacia abajo,  
cual las otras hacia arriba.

En una concavidad  
en que la cueva termina,  
precisamente en el centro  
de la Vinajera chica;

Gota a gota va cayendo  
agua pura en una pila  
que la recibe y no deja  
que a buscar vaya salida.

Y lo más particular  
es que llena la pocita,  
nunca se vierte una gota  
ni merma con las sequías.

Y aunque mucha agua se saque,  
vuelve a llenarse en seguida;  
y aunque no se saque nada,  
siempre la poza es la misma.

Con ansia bebió allí el moro;  
y ya más fortalecida  
sintió su naciente fe  
en nuestra santa doctrina.

Porque aquella humilde fuente  
tiene virtudes divinas,  
y a él le curó el mal del alma,  
como a otros el cuerpo alivia.

Y por eso, allí van muchos  
hasta en nuestros propios días  
a buscar agua, que llevan  
cual remedio a sus familias;

Viéndose de ello en la roca  
de la cueva señal fija,  
pues gastado por el uso  
está el sitio do se pisa.

Luego que apagó la sed  
el buen moro se encamina  
a la casa de sus amos,  
que allí en Redondo vivían.

Les cuenta lo que ha pasado  
y licencia solicita  
para marchar hasta Roma,  
obteniéndola cumplida.

Echase a andar al momento,  
y sufriendo mil fatigas,  
recorrió muchas comarcas,  
animado de fe viva.

Se pasó por Aviñón  
donde el papa residía,  
contándole lo ocurrido  
en una corta entrevista;

Y en virtud de todo ello  
Juan XXII determina  
que prosiga su camino  
hasta la ciudad bendita.

Hizolo así; y cuando llega,  
resuélvese a que en seguida  
un prudente religioso  
de catequista le sirva.

Escogió, pues, a Fray Alvaro,  
fervoroso minorita,  
de la religión seráfica,  
cien años antes nacida;

El cual, después de instruirle  
en las verdades divinas,  
por orden del Santo Padre  
con gran amor le bautiza.

Recibió el nombre de Juan,  
y recordando en seguida  
que entre peñas escarpadas  
se le apareció María,

Dió al olvido el abolengo  
de su morisca familia,  
y desde aquel mismo instante  
de la Peña se apellida.

Vuelve a Redondo en el acto,  
por inspiración divina,  
fuése otra vez a la cueva  
de la rara fuentecita;

Y buscando en ella ansioso  
una imagen de María  
encontró que en aquel sitio  
había quedado escondida,

Seiscientos años atrás,  
cuando en confusión huían,  
los cristianos temerosos  
de las huestes barbaríscas;

Cuya imagen venerada,  
de la antigüedad reliquia,  
es la misma que nosotros  
contemplamos hoy en día.

Con hallazgo tan precioso  
el buen moro se reanima,  
y allí cerca de la cueva  
un monasterio edifica;

Apartándose muy poco  
del casco del Barrio Arriba,  
junto al cual, diz que al principio  
edificarle quería.

Le llamó del Corpus Christi,  
por que en ese mismo día  
se verificó el milagro  
que le colmara de dicha.

Mirando estaba hacia el norte,  
y la vista descubría  
desde el Pando a Peña Labra,  
del Bismo a Costanilla.

Y la Barga de Entre-Oteros  
asimismo se veía  
con Henares y los Corros,  
Pedregales, Peña-Albilla;

Y las Agujas, el Canto,  
Entrepeñas, Marmullía,  
Troncos, Rivero Pintado  
y la Meadoria allá arriba;

Y el puerto de Piedras Luengas  
y la Grajera y su vía,  
con el Portillo del Asno,  
Hoyas, Tejuela y Branillas.

También los Picos de Europa,  
cuyas escarpadas cimas  
oculta el sitio egregio  
do Covadonga se anida;

Separándola a la vez  
de la modesta provincia  
que en sí encierra a Casagadia,  
tumba de la infiel morisma.

Del pico de tres vertientes  
véñse las rocas erguidas;  
muchos montes, muchas peñas,  
y valles y praderías.

— V —

El convento entró a ser parte  
de la religión francisca  
y estaba muy bien dotado  
de portentosas reliquias.

En él vivió santamente  
Juan de la Peña sus días  
y hasta que murió de viejo  
con la conciencia tranquila.

Otros frailes le suceden,  
y con fervor se dedican  
a predicar en los pueblos.  
la verdadera doctrina;

Mientras tanto que en el Corpus  
la siempre Virgen María,  
con la advocación de Viarce  
tierno culto recibía;

Y ella, pagando amorosa  
la devoción que veía,  
obraba muchos milagros  
y frecuentes maravillas.

Un hombre, que, haciendo hoja  
hallábase en las Llanillas,  
se cayó del roble abajo,  
pero le salvó María.

Otros muchos, igualmente,  
a ella debieron la vida,  
mas por brevedad omito  
el dar de todos noticia.

De este modo aquel convento,  
medio oculto en la Pernía,  
gran prestigio conservaba  
en todas las cercanías.

Tranquilos en él los Padres,  
dulces pasaban los días,  
alejados de los hombres,  
libres de odios y rencillas.

Y aunque al entrar en el Corpus  
cuando de lejos venían,  
al ver aquel valle agreste,  
gran sentimiento tenían;

En cambio pronto, muy pronto,  
cariño al sito cogían  
y con ardor deseaban  
en él acabar la vida.

No obstante las muchas nieves,  
que en el invierno caían  
y a pesar de otros rigores,  
que son efecto del clima.

Y por eso dice el vulgo  
que aunque rabiando venían  
lloraban y de muy veras  
cuando a otra parte se iban.

Uno de ellos, no sé quién,  
se despeñó cierto día  
de la Vinajera grande,  
do echar la siesta solía;

Por lo cual en aquel sitio  
la mano caritativa  
de sus compañeros puso  
la cruz que allí se veía.

Mas, fuera de esas desgracias,  
naturales en la vida,  
por lo demás en el Corpus  
reinaba siempre la dicha,

Y el silencio, interrumpido  
tan sólo en contados días,  
en que a celebrar sus fiestas  
grande concurso acudía.

Pero en la moderna edad  
vientos fatales corrían  
para aquel pobre convento,  
tan respetado en Pernía.

Con el siglo diecinueve  
comenzaron sus desdichas,  
cuando el bárbaro francés  
la religión perseguía.

Mas sus males aumentaron  
desde que en aciago día  
alzó su inmunda cabeza  
la revolución impía.

Ya del veinte al veintitrés  
tuvo fuerte sacudida,  
siendo sólo precursora  
de lo que detrás vendría.

Más de cien lustros contaba  
el monasterio de vida,  
cuando el año treinta y cinco  
de ese siglo de porfías,

Que con fatuidad sus hijos  
de las luces denominan,  
fueron por medios violentos  
en España suprimidas,

Las órdenes religiosas,  
que mal ninguno hacían,  
alcanzando al Corpus Christi  
tan arbitraria medida.

Los frailes le abandonaron,  
aunque mucho lo sentían,  
y allí en San Juan de Redondo  
poco después fallecía

El Padre Tomás Cardín,  
último fiel Minorita,  
que de la Comunidad  
tuviera la guardianía;

Y el cual no quiso alejarse  
de aquella celda querida,  
donde tranquilo y feliz  
pasó sus mejores días.

De este modo en el convento  
quedó la voz extinguida  
de los santos Religiosos  
que alababan a María.

Y desde entonces hasta hoy  
la soledad y la ruina  
son dueñas de aquellos sitios  
do reinaba antes la dicha.

— VI —

Poco tiempo ha transcurrido  
desde aquel infausto día  
en que el convento del Corpus  
para siempre enmudecía.

Llega el año treinta y seis;  
y cuando enero veía  
su tercer sol, algo grave  
se notaba en la Pernía;

Y era que dado el permiso  
por su Señoría Ilustrísima,  
del convento abandonado  
a sacar la Virgen iban;

Pues como ya en su recinto  
persona alguna vivía,  
dentro del pueblo la imagen  
con más decoro estaría.

Por eso incensatamente,  
de todas las cercanías  
mucha gente va acudiendo  
hacia Redondo de Arriba;



Y hombres, niños, sacerdotes  
y mujeres compungidas  
van llegando, aunque con fuerza  
nevaba desde la víspera;

Que también sin duda el tiempo  
asociarse pretendía  
al luto y consternación,  
que en los semblantes veía.

A eso de media mañana,  
se despeja y en seguida  
toda aquella multitud  
al convento se encamina,

Ansiosa de acompañar  
a la Virgen bendecida  
en la peregrinación  
que hacia Redondo emprendía.

Suben allá y al momento  
la procesión se organiza,  
sacando la santa imagen  
ya después del mediodía.

Luego vuelve muy despacio  
al pueblo la comitiva,  
mostrando los fieles todos  
el gran dolor que sentían.

Muchas mujeres lloraban,  
al ver que en aciago día  
abandonaba aquel sitio  
la Inmaculada María;

Después de quinientos años  
en que allí las gentes iban  
a implorar humildemente  
su protección de rodillas.

Llegan al fin a Redondo  
y en la parroquia de Arriba  
aquella preciosa imagen  
cuidadosos depositan;

Y allí sigue recibiendo  
honor y culto a porfía  
Nuestra Señora del Viarce,  
protectora de Pernía;

Que es abogada especial  
contra el tiempo de sequía,  
pues Dios por sus ruegos hace  
que caigan lluvias benignas.

Su festividad celebran  
de febrero a los dos días  
los hijos de ambos Redondos  
que en su Patrona confían;

Recordando entre otras cosas  
que por favor de María  
no subieron los franceses  
de Trabadillas arriba;

Y que por el mismo tiempo  
mostró la Virgen bendita  
que desde allí para abajo  
tampoco pasar quería.

Además todos los años  
en mayo se la dedica  
por el valle una novena  
que es bastante concurrida;

Aunque ya no tan solemne  
como las que antes se hacían  
cuando el convento del Corpus  
habitado se veía.

Mientras tanto el monasterio  
sólo y privado de vida,  
prontamente ha envejecido  
en muy poquísimos días.

Destinose a campo santo  
al principio su capilla,  
que era moderna y no grande,  
pero aseada y bonita;

Más después la destrucción  
sentó allí su mano impía,  
y ya no ha quedado en pie  
ni aún el altar de María.

El retablo principal  
que en el convento existía,  
al pueblo fue trasladado  
y en él está todavía;

Viéndose ya únicamente  
donde los frailes vivían,  
muerte, tristeza, abandono,  
escombros y sabandijas.

\* \* \*

Tal es hoy la situación  
a que se halla reducida  
aquella observante casa,  
donde imperaba María,

Y así en este tiempo infame  
todo lo bueno se olvida,  
relegándose al desprecio  
las cosas de más valía.

Dios querrá en sus altos fines  
probar con nuestras desdichas  
nuestra fe, para otorgarnos  
mayor recompensa un día;

Permitiendo, al fin, piadoso  
con su bondad infinita  
que un santuario se levante  
del convento entre las ruinas;

Para que a él traslademos  
pronto la imagen bendita  
de la Virgen que allá en Viarce  
al muslín habló benigna.

Quiera Dios que así suceda  
y mientras feliz el día  
de verlo a nosotros viene  
no olvidemos a María;

Que es Madre de pecadores  
y da la salvación divina,  
intercediendo con Dios  
para templar su justicia.

#### APENDICE

##### *Redondo a Nuestra Señora del Salve que cantan las mozas de Viarce*

A este recinto sagrado  
llegan Señora tus hijas,  
que protección te demandan  
con humildad y fe viva.

Míralas arrodilladas  
ante tus plantas divinas,  
tu dulce nombre invocando,  
Sacratísima María,

Oye sus ruegos, piadosa  
Virgen pura y sin mancha,  
que para Madre del Verbo  
fuiste por Dios escogida;

Y pues tu sola alcanzaste  
merecer tan alta dicha,  
no dudan con tu favor  
lograr de Dios cuanto pidan.

¡Dios te salve, Virgen Santa,  
Sálvete Dios, dulce hija,  
Madre y Esposa a la vez  
de la Majestad divina!

Reina de ángeles y arcángeles,  
Profetas y Evangelistas,  
Querubines, Serafines,  
Santos y Santas benditas;

De misericordia llena,  
eres Tú, dulzura y vida  
de toda la cristiandad,  
que esperando en tí confía.

A tí clamamos, Señora  
Virgen del Viarce bendita,  
nosotros los desterrados  
de este valle de desdichas;

A tí que quisiste honrar  
al condado de Pernía,  
apareciéndote a un moro  
aquí en estas cercanías;

Y que en ellas nos pusiste,  
entre peñas escondida,  
una fuente milagrosa,  
que a los enfermos alivia.

Por tí todos suspiramos  
con verdadera agonía,  
gimiendo y llorando ansiosos  
hasta que se cumpla el día.

De verte en los altos cielos  
llena de gozo y delicias,  
cerca del eterno Padre  
y por ángeles servida.

¡Ea, pues, dulce Señora!  
Virgen Sagrada María,  
que en el convento del Corpus  
tierno culto recibías;

Cuando los santos varones  
de la religión Francisca  
predicaban a estos pueblos  
del Salvador la doctrina;

Tú, que eres nuestra Abogada  
contra toda tiranía,  
vuelve misericordiosa  
hacia tus siervos la vista.

Y después de este destierro,  
donde pasamos la vida,  
muéstranos el fruto santo  
de tus entrañas benditas;

Es decir, el buen Jesús  
que murió allá en Palestina  
en una cruz por salvarnos  
de nuestra eterna desdicha.

¡Oh muy piadosa y clemente!  
 ¡Oh siempre Virgen María!  
 Santa Madre de Dios vivo,  
 acuérdate de tus hijas;  
 Y haznos dignas de alcanzar  
 las promesas del Mesías,  
 perdonándonos las faltas  
 contra tu amor cometidas.

\* \* \*

Nuestra Señora del Viarce,  
 atended por Dios benigna  
 nuestra oración y libradnos  
 de la peste y la sequía.

¡Adiós, Señora, aquí acaban  
 nuestras súplicas sencillas,  
 confiando en tu poder  
 que hemos de verlas cumplidas.

Libradnos también, Señora,  
 de pecar en nuestros días  
 para poder después de ellos  
 vernos en tu compañía.

Mira, Virgen, que al nombrarte  
 recibe el alma alegría,  
 por la esperanza que tiene  
 de gozar la eterna dicha.

Ponnos reloj en el pecho,  
 que no cese noche y día  
 de cantar tus alabanzas  
 y tus bellezas divinas.

Ruégale a tu hijo bendito,  
 piadosísima María  
 que nos asista con su gracia  
 y la gloria en la otra vida.

## V.—EL CRISTO DE LAS CLARAS DE PALENCIA (3)

He aquí en prosa la tradición sobre la milagrosa imagen del Cristo de las Claras de Palencia:

Según la tradición, don Alonso Enríquez, Almirante de Castilla, Adelantado Mayor de la Armada, durante una expe-

- 3.—Estas noticias sobre el Cristo de las Claras las tomó de dos libritos que me proporcionaron el Rvdo. D. Eugenio Calzada y Pepe Díez. Llevan los títulos y fechas siguientes: "Novenario Sagrado en culto y obsequio de la milagrosa imagen de Jesucristo muerto y sepultado que se venera en el coro del muy religioso convento de Santa Clara de la ciudad de Palencia". Valladolid 1807; "Reseña histórica de la fundación del convento de Santa Clara de Palencia". Palencia 1953.

La misma tradición del hallazgo de la imagen metida en una urna de cristal o en una caja de madera, se repite, por ejemplo, con el célebre Cristo que se venera actualmente en la catedral de Burgos, que procede del antiguo monasterio burgalés de S. Agustín, y con la Virgen del Mar, que se venera en el santuario del Brezo, al norte de la provincia de Palencia. Para el Cristo de Burgos, véase T. LÓPEZ MATA, *La Catedral de Burgos*. Burgos 1950, pp. 149-150. Para la Virgen del Mar del Brezo, véase un documentado artículo del Rvdo. JESÚS URIÉN HERREÑO, en el *Diario Palentino* del 15. IX. 70.

dición contra los infieles musulmanes en el estrecho de Gibraltar, obtuvo una milagrosa victoria al hacer huir a la flota de veintitrés navíos de los reyes de Túnez y Tremecén, que enseñoreaban aquellas aguas, con una flota de sólo tres naves. Este hecho se atribuyó por los marinos a la protección divina y así lo confirmó el hallazgo, al siguiente día, de la legendaria imagen flotando sobre las aguas. Estando en alta mar con sus naves, se presentó a su vista un espectáculo que le llamó la atención. Registraba un bulto, al cual, navegando por las aguas, le servía de vela una lúcida antorcha, tan constante en su llama que no pudo apagarla toda la furia del viento, y ni las olas de una borrasca pudieron sepultarla en sus irritadas espumas, antes la servían de lisonjeros abanicos para aumentar sus lucimientos, que reverberando en las espumas, todos los navegantes miraban sus retratos como en cristalino espejo. Para salir del asombro, mandó el animoso Almirante abordar su navío hacia la parte que le pareció conveniente, para examinar aquella novedad con apariencias de fantasma. Llegó donde resplandecía la antorcha y halló el desengaño de sus sentidos y la luz clara de sus ojos. Arrojóse intrépido a las ondas, despreciando los riesgos y halló esta santa imagen en una caja de cristal, cuya fragilidad le servía de fuertes muros contra los golpes furiosos de las aguas. Trasladó este sagrado tesoro a la "Capitana" y después de hacer diligente examen de sus perfecciones, le consagró religiosos y reverentes cultos. Todo el tiempo que el Almirante y la tropa estuvieron en el mar sin salir a puerto, fabricaron a porfía devota a su Majestad, templo de la nave, en cuyo estrecho campo brilló la fe española, tributando perennes sagrados cultos a este Monarca. Presto manifestó su Majestad su gusto en el agradecimiento, pues los sacó con felicidad de los peligros del golfo que bien saben cómo son los que navegan.

Una vez que pisaron tierra, reiteraron gracias a la Majestad de Cristo, a cuya dolorosa imagen quisiera don Alonso y su comitiva hacerle templo en sus corazones; pero siendo esto imposible, fatigaba sus discursos para colocarle donde tuviese perennes cultos. Consultó al tribunal de su cariño, y después de varios pareceres, resolvió colocarle en

la villa de Palenzuela, y llevando a efecto su propósito, colocó a la divina imagen en un acémila y con decente providencia para su custodia hasta llegar a su destino. Pasó esta procesión por Reinoso, camino preciso para llegar a su término y llegando la caballería con la sagrada imagen frente al castillo, se le embargaron todos los movimientos con tal exceso que burló las diligencias de los hombres para dar un paso.

En vista de novedad tan extraña, se dividieron las opiniones de los circunstantes. Después de varias discusiones sobre este sagrado fenómeno, advirtieron que la caballería paralizó sus movimientos frente al castillo, que don Ruiz Díaz de Bueso había cedido a las monjas de Santa Clara para habitación y custodia y en el que vivieron el largo tiempo de un siglo, hasta que el rey don Enrique II y la reina doña Juana, su mujer, por los años 1378, las trasladaron a la ciudad de Palencia, donde las fundaron en el convento que hoy existe para común ejemplo y edificación del mundo. En atención a esta circunstancia tan particular infirieron ser voluntad divina el estar en compañía de aquellas esposas y obraron con arreglo a este dictamen; y para común desengaño, el bruto que se rebeló al castigo de la vara y confusa vocería de las gentes, sin extraño impulso, se puso en movimiento, dirigiendo su viaje al dicho convento. Allí fue recibida la imagen con seráficos júbilos de las religiosas.

Esta tradición fue pronto puesta en romance:

En alta mar con su gente  
el Almirante navega,  
y una luz es quien le entrega  
el más precioso presente:  
en una urna patente  
mira a Jesús sepultado.

Que a Palenzuela se lleve  
para su culto dispone  
y el cielo luego se opone,  
obrando un prodigio en breve:  
el bruto andar ya no puede  
sino al sitio destinado.

Palencia, pueblo dichoso,  
tú eres, a quien se inclina

la Providencia divina,  
para hacerte venturoso;  
pues a tí desde Reinoso,  
viene a ser depositado.

Colocado en su capilla,  
y en un coro religioso  
se deja ver prodigioso  
y en el arte maravilla;  
el que a pedirle se humilla  
va luego bien despachado.

Glóriate sin cesar,  
comunidad religiosa,  
pues gozas la mejor cosa  
que pudieras desear;

a todos das que envidiar  
con Cristo tan afamado.

Entre las castas esposas  
con veneración estáis,

y aunque afeado os mostráis,  
sois lirio hermoso entre rosas:  
amantes y fervorosas  
os rinden culto sagrado,

## VI.—LA LEYENDA DE SANTO TORIBIO

Según el texto que llevan impreso las bolsas de la “pedrea” del pan y el quesillo, la leyenda de Santo Toribio suena así:

En el año 447 de la era cristiana, Toribio, Obispo de Astorga, predicó contra las sectas de los Priscilianistas y como los palentinos eran adictos a ella, le insultaron y apedearon, retirándose aquel a la cueva del Otero, que se llamaba de San Cristóbal, donde se ocultó, y desde allí mandó salir de su cauce al río Carrión que inundó la ciudad. Sus moradores, para huir de la inundación, se dirigieron a la altura del citado Cerro de San Cristóbal, donde descubrieron al Obispo Toribio y pidiéndole perdón, abjuraron de sus errores por lo que el Santo mandó volviesen las aguas a su cauce, en vista de cuyo milagro, los palentinos le profesaron particular y respetuoso cariño en vida, poniéndose bajo su adhocación después de muerto, siguiendo en la cueva que fue su refugio, a saber, la ermita que hoy existe, que se llamó de Nuestra Señora del Otero y ofreciéndose el Concejo por voto solemne a guardar la fiesta, que hoy se cumple por la ciudad.

De la antigüedad de esta tradición es testigo don Alonso Fernández de Madrid, autor de la *Silva Palentina*, que la menciona en su obra y dice de ella lo siguiente:

Esta destrucción que digo de Palencia, como quiera que la hallamos en la leyenda de Santo Toribio y en otras historias vulgares, mas no me acuerdo de haber leído otra escritura de las historias auténticas de aquel tiempo, que haga de ella memoria (vol. I, pp. 88-89).

Y el manuscrito de Loyola añade:

Yo para mí, por más cierta tengo la desolación que los Suevos y Alanos hicieron en ella en tiempo de Honorio Emperador, cerca del año cuatrocientos y veinte, como arriba diximos (vol. I, p. 89, nota 1).

ANTONIO GONZALEZ LAMADRID